

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1. *Escritos sobre la joven nación*
FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
2. *Crónicas de Don Simplicio. Selección*
GUILLERMO PRIETO
3. *Escritos*
BENITO JUÁREZ
4. *La causa republicana*
FRANCISCO ZARCO
5. *Discursos sobre la libertad*
IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO
6. *Periodismo político*
JUSTO SIERRA
7. *Cartas a un diputado.*
Selección de prosas políticas
MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

La colección Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano que presenta el Consejo Editorial de la H. Cámara de Diputados, LXI Legislatura, pretende mostrar, por medio de la pluma de significativos escritores, periodistas, historiadores y pensadores, en distintas etapas de la historia nacional, las ideas y expresiones que cimentaron y enriquecieron nuestra norma jurídica a favor del bien colectivo.

Tras la Independencia, la organización del joven país requirió de una intensa labor legislativa para reconocer que la soberanía reside en la Nación. Esta lucha se prolongó hasta la consolidación como República gracias a las Leyes de Reforma, las cuales constituyeron la revolución cultural más trascendente del siglo XIX mexicano, además de ser uno de los más notables antecedentes de los estatutos que actualmente rigen el Estado.

De esta manera, la colección Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano rescata una visión distinta de nuestro fuero y difunde los principios de libertad, integridad y democracia del pensamiento legislativo y político mexicano.



BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO
LEGISLATIVO Y POLÍTICO MEXICANO

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA | CARTAS A UN DIPUTADO SELECCIÓN DE PROSAS POLÍTICAS 7

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

CARTAS A UN DIPUTADO

SELECCIÓN DE PROSAS POLÍTICAS



Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895). Poeta, narrador y periodista. Se inició como esto último a la edad de dieciséis años en *El Porvenir*. Después, a lo largo de su vida, colaboró en otros muchos diarios y revistas como *El Federalista*, *El Nacional*, *La Libertad*, *El Partido Liberal*, *El Universal*, *La República Literaria* y *La Revista Nacional de Letras*. Firmó sus crónicas, artículos y composiciones con alrededor de veinte seudónimos, tales como El duque de Job, Puck, Junius y Recamier.

Cultivó diversos géneros literarios y perteneció a la primera generación modernista. Influido por el marcado afrancesamiento de la ciudad de México, se inspiró en Verlaine, Gautier y Musset, aunque también admiró a los místicos españoles. En 1894 fundó, junto con Carlos Díaz Dufoo, la *Revista Azul*, publicación clave del movimiento modernista.

En sus últimos años fue jefe de redacción de *El Partido Liberal* y diputado del Congreso de la Unión.

Entre sus principales obras se encuentran los poemas “La Duquesa Job”, “Hamlet a Ofelia”, “Non omnis moriar” (No moriré del todo), así como sus “Odas breves”. También escribió los notables volúmenes de relatos *Cuentos frágiles* (1883) —único libro que publicó en vida— y *Cuentos de color de humo* (1894). Falleció a los treinta y seis años de edad.





CARTAS A UN DIPUTADO

SELECCIÓN DE PROSAS POLÍTICAS

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA



CARTAS A UN DIPUTADO

SELECCIÓN DE PROSAS POLÍTICAS

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA



BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO
LEGISLATIVO Y POLÍTICO MEXICANO

Cartas a un diputado.
Selección de prosas políticas.
Manuel Gutiérrez Nájera
Primera edición, 2012.

COORDINACIÓN EDITORIAL
Enzia Verduchi

DISEÑO DE LA COLECCIÓN
Daniela Rocha

CUIDADO DE LA EDICIÓN
Francisco de la Mora

FORMACIÓN ELECTRÓNICA
Susana Guzmán de Blas

CORRECCIÓN
Anaís Abreu / Emiliano Álvarez

© Cámara de Diputados, LXI Legislatura
Avenida Congreso de la Unión No. 66
Col. El Parque, Del. Venustiano Carranza
C.P. 15960, México, D.F.

© Pámpano Servicios Editoriales S.A. de C.V./Turner
Avenida Paseo de la Reforma N. 505, piso 33,
Col. Cuauhtémoc, Del. Cuauhtémoc
C.P. 06500, México, D.F.

ISBN (del título): 978-84-15427-90-2
ISBN (de la colección): 978-84-939478-9-7
D.L.: M-21191-2012

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier modo o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin la previa autorización expresa y por escrito de los editores, en los términos de lo así previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

Presentación	9
La Constitución de 1857	11
La cuestión política	17
La no-reelección	25
La cuestión social	29
Un peligro evidente. La invasión extranjera	37
Cartas a un diputado	41
Lo que hace el gobierno	47
Libertad, no libertinaje	51
El partido de la gente honrada	55
Los hombres de Estado	59
Manía de hablar inglés	63

La crisis financiera	69
El Porfirismo	77
Las elecciones y los periódicos conservadores	89
Las miserias de los ricos	93

PRESENTACIÓN

El quehacer político, la política y los políticos hoy se encuentran en la disyuntiva de la participación ciudadana como elemento clave para la toma de decisiones que nuestro país requiere. La política ha dejado de ser una ideología definida como lo fue en las décadas pasadas. Por más que nos empeñemos en hacer distingos ideológicos, sus bases son hoy tan difusas que poca fortuna tenemos al tratar de precisarlas.

Sin duda son muchas las obras que a lo largo del tiempo han tratado de definir o circunscribir una determinada ideología, un determinado tipo de pensamiento o acción política. También muchas, que en la actualidad analizan globalmente realidades tratando de definir o, cuando menos, acercarse a los hechos ciudadanos como parte de las decisiones políticas, pero olvidan que las relaciones que las antecedieron son el objetivo para sus acciones presentes y futuras.

En este sentido, el Consejo Editorial de la Cámara de Diputados, durante la LXI Legislatura, ha trabajado para consolidar una vocación editorial que defina el carácter de nuestras publicaciones. Nuestra misión y visión nos han dado el marco perfecto para ello: “fortalecer la cultura democrática y al Poder Legislativo”. Se propuso recuperar las obras formativas de nuestra nación. Ya sea desde el periodismo y la crónica, así como de

la filosofía, el derecho y el quehacer legislativo, la conformación de una “Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano” permitirá la publicación de obras esenciales para entender el entramado complejo que es nuestra política actual.

Tras la Independencia, la organización del joven país requirió de una intensa labor legislativa para reconocer que la soberanía reside en la Nación hasta el afianzamiento como República por medio de las Leyes de Reforma, que constituyó la revolución cultural más trascendente del siglo XIX mexicano. Así como su amplio recorrido durante dos siglos representado en los estatutos que actualmente rigen el Estado.

De esta manera, la colección “Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano” rescata una visión distinta de nuestro fuero y difunde los principios de libertad, integridad y democracia del pensamiento legislativo y político.

Pensar hoy en la historia de nuestro país, nos obliga a ser más críticos. Por ello, el impulso de este Consejo Editorial para apoyar la difusión de la cultura política y el fortalecimiento del Poder Legislativo, nos inspiran a acercarnos a las nuevas generaciones en su propio lenguaje y formas de comunicación. Pensar en los libros como una extensión de la memoria, decía Jorge Luis Borges, nos motivó a buscar los lectores ideales para nuestras publicaciones: los jóvenes. Hoy, su participación política es fundamental para México. Por esta razón, recuperar en ediciones sencillas y breves, los escritos de quienes desde sus distintas tribunas han sido a la vez formadores y críticos de las instituciones que hoy nos rigen, nos ha permitido confiar en la recuperación del pasado más inmediato para seguir forjando la ruta del futuro más próximo.

Consejo Editorial
Cámara de Diputados
LXI Legislatura

LA CONSTITUCIÓN DE 1857

Hay en la *Comedia infernal*¹ del poeta polaco un pasaje singularmente bello que se nos viene sin querer a la memoria siempre que recordamos el espíritu de esa eterna soñadora: la raza latina. Es aquél en que Jorge, obligado por su padre, comienza a recitar el avemaría. Las primeras palabras de la oración brotan de sus labios, pero, apenas pronunciadas, un arrebató lírico sobrecoge al niño, que en alas de la fantasía deja que su pensamiento escape en efusiones líricas. Repréndele el padre y hace que vuelva a pronunciar el texto puro, y otra vez y otras muchas vuelve el niño a prorrumpir en ditirambos entusiastas, sin que consiga nunca recitar simplemente su plegaria. La leyenda del poeta Krasinski parece que es la síntesis de nuestro carácter. La verdad nos parece raquíica, mezquina. Queremos engañarnos mutuamente. Como Prometeo, forjamos un ídolo a semejanza nuestra, pero nos falta la chispa del fuego celeste para darle vida.

¹ Se refiere a la *Comedia infernal* (1834), de Zygmunt Krasinski, drama que retrata la tragedia de un anquilosado mundo aristocrático, derrotado y sustituido por un nuevo orden de democracia.

Nosotros en política somos enemigos irreconciliables de la utopía: ¿habremos menester el añadir que no somos defensores de la Constitución de 1857? Esa ley caduca y vieja sin haber vivido, ya cuenta nada más con el apoyo de la escuela liberal tradicionalista.

No ponemos en tela de juicio sus buenas intenciones: de buenas intenciones cuenta Diderot que está formado el pavimento del Infierno. Tampoco negamos su patriotismo, que men-
gua fuera en nosotros hacer alarde de un orgullo estúpido. Lo que sí negamos, y seguiremos negando siempre, es el decantado liberalismo de esa escuela.

Ella, que viene proclamando la libertad ilimitada, que trae como lema en su bandera la destrucción de toda idolatría, que no pone coto a la emisión del libre pensamiento y que solicita la cooperación de todos para la controversia y esclarecimiento de las instituciones, es la primera que se azora y se amedrenta cuando se oye algún grito de reforma, como si el amplio círculo de las instituciones liberales viniese estrecho a toda innovación, a toda reforma, a todo cambio.

¿Pues qué, señor, esta nuestra democracia es fetichista? ¿Tendrán nuestras instituciones la inmovilidad de una esfinge egipcia, por más que todo se transforme en torno de ellas? ¿Vosotros que os vanagloriáis de haber traído esas ideas de infinito progreso, cerráis así la puerta a la reforma, marcáis un hasta aquí a las libertades? Entonces nosotros os decimos que sois los monederos falsos de la libertad, que vuestros arranques democráticos son vanos, que vuestro dominio linda con la tiranía, porque ahí donde no se admite mejoramiento alguno, donde la discusión de los principios se desoye, la libertad no existe, no, no puede existir; de lo contrario vendríamos a concluir que la República no es más que el trueque del des-

potismo de uno en el despotismo, todavía más sangriento, de los muchos.

No, nosotros no quemamos incienso en las aras de ídolos de barro. No queremos columnas de Hércules en nuestras instituciones. Creemos que toda obra humana es susceptible de perfección y, francamente, por mucha que sea nuestra buena fe, no nos resolvemos a creer que los constituyentes fueron dioses. Vamos más allá: para nosotros no es una simple reforma la que deseamos en la Constitución de 57: es una revisión radical, absoluta. Preferimos hablar con claridad y terminantemente a rebuscar ambages y rodeos: en nuestro sentir, es difícil, más que difícil, es imposible la observancia y el cumplimiento de la Carta, y toda ley que no puede cumplirse, es nula. Cada día surge un nuevo tropiezo en la aplicación de los artículos constitucionales, cada día se demuestra palpablemente la poca eficacia de sus disposiciones; a cada paso, nuevas contradicciones se hallan en el texto y en los mismos artículos de nuestro Pacto, y todo esto implica un serio obstáculo a la marcha ordenada del gobierno, porque, a riesgo de ver a la Nación hundirse en el alborotado piélago de la anarquía, tiene que poner en olvido sus juramentos y pisotear la obra de los constituyentes. Una ley como ésta es una ley de burlas. ¿Es un ideal? Pues entonces reléguese en buena hora a la biblioteca sobradamente extensa de las utopías. Hoy el sentido práctico entra por mucho en la constitución social de las naciones. Los sueños de Rousseau se alejan fugitivos y se esconden, como huyeron también y se alejaron los ideales republicanos de Platón y la *Ciudad del Sol* de Campanella.²

² *Città de Sole* (1602) del fraile dominico Tommaso Campanella (1568-1639), donde desarrolla la teoría ideal de un Estado teocrático universal, basado en principios comunitarios de igualdad

¿A qué tener tantas libertades en las leyes y tantas y tantas trabas en la práctica? Nosotros no queremos que nuestra patria se asemeje a Jano. Más prácticos que nuestros adversarios –y perdónenos esta vanagloria– no intentamos hacer un pueblo para una constitución, sino una constitución para un pueblo. De Maquiavelo acá, se ha venido exagerando, a más y mejor por la utopía, la influencia que las instituciones y la iniciativa individual ejercen en el desarrollo y destino de los pueblos. Lejos de nosotros el propósito de negar el poder de las creencias, de las costumbres y de las leyes impuestas a un país, ora sea por el legislador, ora por las necesidades locales. Bastaría, para desengañarnos, el paralelo de las naciones asiáticas, fundidas en el crisol del budismo, con los pueblos europeos, modelados por el cristianismo, o bien la comparación del mundo árabe, que forja el Islam de la inmovilidad de las antiguas monarquías orientales, con la savia poderosa que la joven América apura en sus instituciones democráticas. Pero la acción de las instituciones se asemeja a la que el hortelano ejerce sobre los árboles de un parque. Puede abrir hermosas avenidas, arrancar cuidadoso las plantas parásitas, cortar con la hoz las ramas inútiles, conservar cuadrados de verdura, dar, por último, merced a un prolijo esmero, una regularidad geométrica a los prados, pero sin que por esto altere en solo un punto la actividad y el curso de la savia. Si sus trabajos se interrumpen algún día, hete aquí que la vegetación recobra su marcha invasora, y el parque se metamorfosea de súbito en un bosque. Igual acaece con la planta humana, es decir, con el hombre. La acción de las instituciones políticas no va más allá de su epidermis. Como es indomable, debemos contentarnos con domesticarlo.

Pero la utopía es la enemiga irreconciliable de los adelantos prácticos. Tenemos una Constitución que sanciona

los derechos individuales, y los derechos individuales nos son absolutamente desconocidos. ¡Qué ha de saber de derechos individuales el que sólo ve “la leva” y los impuestos! Necesitábase robustecer al Estado para evitar así gravísimos conflictos, y la Constitución da entrada franca a todo género de rebeliones. Una Constitución descabelladamente liberal, dada a un país extraño a toda educación de libertad, es un anacronismo.

Estos sueños son siempre peligrosos. Hablemos más de deberes y menos de derechos. Curémonos de ese cosmopolitismo vago que sólo puede causarnos daños. Francia tenía su política en Londres y su filosofía en Berlín. En sus utópicos delirios había llegado a juzgar que Prusia podía ser su amiga. ¡Pobre Francia! No sabía que para Europa su nombre es un nombre que no ha de expirar jamás: revolución.

Hoy el pueblo no quiere ya palabras, sino garantías. No garantías abstractas y ficticias como las que ahora tiene, sino garantías sólidas y verdaderas. Más que libertad escrita quiere orden establecido. Se cansa ya de ver tan decantada su soberanía, al propio tiempo que le agobian innumerables vejaciones. Nosotros no queremos una libertad ilimitada, porque nuestro pueblo no está educado para recibirla. Lo que queremos es que se llame a las cosas por su nombre, que nos despojemos de todos los disfraces, y que en nuestro Código queden expresas terminantemente las garantías y libertades que pueden darse al pueblo, así como también los deberes ineludibles que justa y debidamente se le impongan. Hoy, por ejemplo, la Constitución nos dice que ningún ciudadano puede ser obligado a prestar servicios personales, y este artículo viene a ser infringido día por día, porque es de absoluta imposibilidad en la práctica. De observarlo, ni aún podríamos obligar a los presos a que trabajaran. ¿Qué servicios son entonces los que el Estado

puede pedir al pueblo, si todos pueden fácilmente comprenderse en este calificativo de personales? Es necesario repetirlo a cada paso: mientras el poder del Estado no se robustezca, la marcha de cualquier gobierno, por más que esté animado de las buenas intenciones que a éste animan, tiene que ser embarazosa o poco menos que imposible.

Los flordelisados de la democracia no quieren renunciar a sus quimeras, por más que la experiencia se encuentre siempre en contra suya. Creen, acaso con sinceridad completa, que todo aquello que tienda a reformar el Pacto de 57 es un ataque embozado a la libertad, una emboscada en la que se quiere hacer caer a la República. Este consorcio de la Constitución con el país es ilusorio. En ninguna parte como aquí se encuentra una discordancia más palpable entre el estado social por el que pasamos y las leyes que forman nuestra Carta. Para hacerla, ni se atendió a las necesidades apremiantes de nuestro pueblo ni al grado de civilización que éste tenía. Es un ropaje que nos viene sobradamente holgado, y que por ende a cada paso desgarramos. Es tiempo, pues, de abandonar estériles contemplaciones. Nada de evasivas ni de palabras huecas y sin sentido. El país exige imperiosamente una reforma constitucional completa. La utopía es una madre raquítica y enferma. Nuestra sociedad se desgaja como fruto podrido. La salvación debe buscarse a toda costa. No queremos ver que estamos sobre el movedizo suelo de Atlántida, que día a día se sumerge. ¡Ojalá no oigamos repetir aquella frase del viejo Horacio: ¡Roma se hunde! ¡huyamos a las islas afortunadas!

La Colonia Española, 5 de febrero de 1879.

LA CUESTIÓN POLÍTICA¹

Cuando yo escucho a los declamadores de oficio, cuando oigo hablar de libertad y democracia, como de cosas hacerables y realizables en nuestra patria tan malamente apercebida para recibir las, se me figura presenciar una escena de manicomio y oír los delirios de pobres mentecatos que se juzgan reyes. Yo no culpo al señor general Díaz de las malas venturas del país, como tampoco las achaco a los gobiernos de Juárez²

¹ Belem Clark de Lara, indica: “Cabe recordar que en 1879 estaban próximas a decidirse las candidaturas para las elecciones presidenciales en el país y el tema de la democracia estaba en todas las discusiones. Año y medio después, 1880, la circunstancia ha cambiado y Manuel González, ya presidente electo, está pronto a recibir, de una manera pacífica, el mando de la República. En su política se tienen puestas todas las esperanzas de paz y progreso futuros de la Nación. Cuatro años más tarde, en 1884, Díaz vuelve a ser el hombre fuerte de las elecciones; también se espera un cambio de poderes con tranquilidad, aun cuando la crisis y el descrédito en que ha caído el general González hacen de Porfirio Díaz la nueva esperanza”, en *Manuel Gutiérrez Nájera. Meditaciones políticas (1877-1894). Obras XIII*, México, UNAM, 2000, p. 17.

² Benito Juárez (1806-1872). Político. En 1859 expidió las Leyes de Reforma. Presidente de México de diciembre de 1857 a julio de 1872.

y de Lerdo;³ yo no creo que un simple cambio de personas podría traer la felicidad tan deseada; muy por encima de las personalidades están los principios, muy por encima de los ideales democráticos, el estado del medio social en que han de realizarse. La escuela liberal ha venido cometiendo una serie larguísima de errores, cuyas últimas consecuencias no pueden preverse todavía. ¿Por qué? Porque la democracia en nuestra patria es a manera de esos castillos de naipes que el menor soplo del viento echa por tierra. La democracia pura es entre nosotros una planta exótica. Las sociedades no se amoldan nunca a sus constituciones, que son éstas las que debieran amoldarse a las sociedades. Y claro está que entre el estado positivo de México y el que le supone la malhadada Constitución de 57, media una enorme, incalculable diferencia.

Estas revoluciones prematuras han sido la constante enfermedad de México. Fue prematura la guerra de Independencia, fue prematura la guerra de Reforma; tuvimos libertad de cultos antes de que tales cultos existieran. Reconocimos los derechos del hombre, antes de que la inmensa mayoría de los mexicanos sospechara siquiera que podía recabar esos derechos. La obra de los constituyentes fue tan peregrina como la de aquel arquitecto que empezó la construcción de un edificio por el techo. Aquellos hombres estaban enamorados del imposible, y este amor engendra los héroes, pero no la paz. ¡Cuánto hemos llorado este divorcio de las leyes y de las cos-

³ Sebastián Lerdo de Tejada Corral y Bustillos (1823-1889). Político y diplomático. Ministro de Relaciones Exteriores en los gabinetes de Comonfort y de Juárez. Rector del colegio de San Idelfonso. Diputado al Congreso de la Unión en el período 1861-1863. Presidente de México de diciembre de 1872 a noviembre de 1876.

tumbres! ¡Cuántas veces hemos lamentado la ceguera absoluta de los constituyentes! Pero a semejanza de esas aves que sólo pueden colgar sus nidos en las grietas de viejos torreones, los liberales de hoy, aleccionados no bastante por la experiencia, se niegan a echar los cimientos del nuevo edificio social, y van a cobijarse en las desmoronadas tapias de un sistema que, como todos aquellos que desdennan la ley positiva, está condenado a una inevitable muerte.

¿Por qué se hecha en cara a los gobiernos el olvido de la Constitución Política de la República? ¿Cuál es aquel que la ha cumplido? No lo fue ciertamente el de don Ignacio Comonfort,⁴ tan influenciado por encontradas y contradictorias opiniones. No lo fue el de Juárez, que tan a menudo necesitaba el interregno vergonzoso de las facultades extraordinarias. Menos, en fin, el de Lerdo, que así se curaba de ella como nosotros nos curamos del Corán o de los Vedas. ¿Qué ley es esta, entonces, que a cada paso se viola, que a cada paso se infringe, que a cada paso se desgarrar, y que también a cada paso se invoca para alzar banderas contra los gobiernos y hacer armas en defensa y sostén de sus principios?

Yo no busco jamás los términos medios, porque pensar a medias es, como decía Voltaire, vivir a medias. Por eso digo, por eso afirmo, por eso sostengo, que mientras la Constitución de 57 exista, la revolución será inevitable, será segura, será eterna. Es fuerza poner coto a estas ambiciones desmedidas que embarazan la marcha de todos los gobiernos. Es preciso que el Estado se forme vigoroso para que pueda resistir esos

⁴ Ignacio Comonfort (1812-1863). Político y militar. Presidente interino de México de 1855 a 1857 y constitucional del 1 al 17 de diciembre de 1857. Durante su administración dio inicio la guerra de Reforma.

empujes, cada vez más fuertes, de la anarquía. ¿Se quiere que México sea una democracia? Que vayan los republicanos a difundir sus ideas por medio de la educación en todas partes. Ahí está la escuela, ahí está la tribuna, ahí está el periódico. Aguardemos a que el pueblo sepa leer para darle constituciones democráticas. Aguardemos a que el pueblo sepa libertarse de la ignorancia para darle su porción de soberanía. Aguardemos a que haya sociedad para poder entonces constituirla.

Los pueblos no caminan a saltos; la ley de la evolución no puede eludirse. La revolución de Inglaterra fue beneficiosa, porque se hizo en oportuna sazón, porque era necesaria. Cada hecho es como la resultante de una serie larguísima de ideas. Las plumas preceden siempre a las espadas. De manera que sólo las revoluciones que se apoyan en las ideas, y sólo las ideas que nacen de las necesidades, crecen y se desarrollan y coadyuvan a los fines pacíficos del progreso. Una idea aislada parece irremediamente, como pereció la *Utopía social* de Tomás Moro⁵ y la *Ciudad del sol* de Campanella. Primero vienen los filósofos, luego los hombres de la política, más tarde, pasados ya los conflictos revolucionarios, cimentada la sociedad, vienen los que dan a esta sociedad sus leyes constitutivas. ¿Cuál es la base del derecho internacional moderno? La Paz de Westfalia, seguramente. Bueno, pues la Paz de Westfalia⁶ no fue

⁵ En 1516, Tomás Moro publicó *Libro del estado ideal de una república en la nueva isla de Utopía*, donde creó una sociedad ficticia con ideales filosóficos y políticos, entre otros, diferentes a los de las comunidades contemporáneas a su época

⁶ La paz de Westfalia es como se conoce a los acuerdos alcanzados en las ciudades de Osnabrück, el 15 de mayo, y Münster, el 24 de octubre, de 1648. Fue la primera conferencia internacional de paz en la historia. Según estos tratados, se ponía fin a la guerra entre los estados beligerantes en Alemania.

un hecho sin antecedentes en el orden de las ideas. La prepararon con sus ideas, con sus sistemas, con sus exageraciones, Descartes, el filósofo del espíritu; Locke, el filósofo de la experiencia; Espinosa, el filósofo del ser; Leibnitz, el filósofo de la síntesis, y como una idea de este género es siempre fecunda, tras la Paz de Westfalia vino aquella revolución que tronchó en la cabeza de Carlos I la cabeza de la monarquía. ¿Quién hizo luego la Revolución francesa? ¿Los hechos? No, de ningún modo, la hicieron los enciclopedistas; la hizo Voltaire; la hizo Montesquieu, que tomó de Inglaterra la idea de libertad; la hizo Rousseau, que tomó de Suiza la idea de igualdad; la hicieron Condorcet, Mirabeau, Danton, el hombre de la idea, el hombre de la palabra, el hombre del hecho.

Este maravilloso poder de las ideas es a veces desconocido aun de aquellos que son sus soberanos. Washington no creyó que iba a crear la república; para él su único objeto era impedir que los impuestos fuesen aprobados en las asambleas coloniales. Lincoln imaginaba que la esclavitud terminaría cuando acabara el siglo, y la esclavitud murió a un solo golpe de su brazo. Pitt,⁷ en la víspera de Waterloo, creía fatal el triunfo de Napoleón y el vencimiento de Inglaterra. Rousseau había escrito ya el *Contrato social* cuando dijo que las monarquías vivirían mucho tiempo aún en Europa. Los enciclopedistas morían con idéntica certidumbre, precisamente cuando Pío VI iba a Viena,

⁷ William Pitt (1759-1806). Político y estadista británico. Primer ministro (1783), el más joven en la historia de Gran Bretaña. Durante la Revolución francesa organizó dos coaliciones contra Francia (1793 y 1798); en mayo de 1804, nuevamente como primer ministro, debido al temor de la invasión napoleónica, agrupó en torno suyo a todos los partidos y preparó la Tercera Coalición tras la ruptura de la Paz de Amiens.

y el emperador de Austria le mostraba, con el regalismo y las Leyes Josefinas,⁸ el primer relámpago de la tempestad que se formaba a los pies de aquella filosofía, perversa y descreída, del siglo XVIII. Pero Dios conduce las ideas por los caminos suyos y, cuando los hombres creyeron haber descubierto nada más un nuevo derrotero, aparece de súbito la América.

Dígaseme ahora en donde está la revolución moral, venida a preparar el advenimiento de nuestras instituciones. ¿Está en las ideas aisladas de pensadores solitarios como Teresa de Mier,⁹ Mora,¹⁰ Ramírez?¹¹ ¿En los artículos de Zarco?¹² ¿En los discursos de Mariano Otero?¹³ Pero aquellas

⁸ El Josefinismo, durante el reinado del emperador austriaco José II, alteró las relaciones que habían mantenido hasta entonces la Iglesia y los territorios de los Habsburgo. Conforme a esta visión, la Iglesia únicamente tenía potestades sobre la moral de sus fieles y, en consecuencia, las cuestiones de carácter secular en territorio austriaco debían quedar sujetas a las leyes y autoridades del Estado. Se suprimieron las órdenes religiosas de vida contemplativa (1782); se secularizaron los bienes de la Iglesia (1784); se reglamentó el culto divino y se establecieron el matrimonio civil y el divorcio.

⁹ Fray Servando Teresa de Mier (1765-1827). Fraile dominico, y escritor de numerosos tratados sobre filosofía política en el contexto de la Independencia de México.

¹⁰ José María Luis Mora (1794-1850). Historiador, doctor en teología y político. Destacado liberal en los inicios de la Independencia.

¹¹ Ignacio Ramírez, *El Nigromante* (1818-1879). Periodista, poeta, escritor, abogado y político. Uno de los artífices más importantes del Estado laico mexicano.

¹² Francisco Zarco (1829-1869). Político y periodista. En 1852 empieza a colaborar en el periódico *El Siglo XIX* y a partir de 1855 es su director, otorgándole gran prestigio al rotativo. Miembro del Congreso Constituyente de 1857. En enero de 1861, Juárez lo nombra ministro de Gobernación y, posteriormente, de Relaciones Exteriores.

¹³ Mariano Otero (1817-1850). Abogado, periodista y político. Articulista del periódico *El Siglo XIX*. Diputado y senador. Ministro de Relaciones Exte-

ideas no expresaban las necesidades de nuestra aristocracia que aplaudía la *Historia* de Alamán,¹⁴ ni de nuestra clase media, que llenaba las naves de los templos, ni de nuestro pueblo, preocupado simplemente por ganar el pan para sus hijos. ¿Qué se sabía entonces de democracia, qué de república, qué de derechos individuales? En lenguaje vulgar podría decirse que nuestra Constitución es una Constitución que se nos entró de súbito por la gatera.

Y como esta ley suprema no se aparta del medio social en que ha de realizarse, unos gobiernos han desalojado a otros gobiernos, todos invocando su cumplimiento, todos alardeando de patricios, pero todos también, una vez llegados al poder, destrozándola y violándola a su antojo. Llevamos veintidós años de tener la estatua de la Ley cubierta con un velo. Para esto, valía más, en nuestro juicio, derribar la estatua.

La Voz de España, 18 de julio de 1879.

riores, Gobernación y Policía durante el gobierno de José Joaquín de Herrera. Entre sus obras destacan: *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana* (1842); *Indicaciones sobre la importancia y necesidad de la reforma de las leyes penales* (1844); *Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año 1847*.

¹⁴ Lucas Alamán (1792-1853). Historiador, escritor y político. Principal ideólogo del partido conservador mexicano. En 1849 comenzó a publicar su *Historia de México*, en cinco tomos, concluyéndola en 1852.



LA NO-REELECCIÓN

La iniciativa de Morelos ha fracasado, sin estrépito mayor, en el Congreso.¹ La honrada protesta del señor general Díaz,² digna ciertamente de grande encomio, desbarató de tal suerte los propósitos de la mayoría, que no hallando en el momento la aplicación del principio defendido, vino casi unánimemente en desecharlo. No obstante esto, el principio de la no-reelección será siempre un gran desbarro. Aquí, como en todo, la política de personalidades se ha sobrepuesto a la política de ideas. El Plan de Tuxtepec proclamó la no-reelección, porque don Sebastián Lerdo era quien gobernaba por aquel

¹ Belem Clark de Lara indica que Gutiérrez Nájera se refiere “a la propuesta de Carlos Pacheco, gobernador del estado de Morelos, quien «no obstante haber sido partidario de la no reelección —señala Carleton Beals— forzó a través de la legislatura una resolución para que el presidente y los gobernadores pudieran reelegirse si recibían dos terceras partes de la votación. De nuevo en su mensaje del 16 de septiembre de 1879, Díaz ‘solemnemente’ protestó que ‘nunca’ intentaría la reelección, aunque la ley no lo prohibiera. ‘Nunca’ atentaría contra el ‘sagrado’ principio del Plan de Tuxtepec», en *Op. cit.*, p. 23.

² Porfirio Díaz (1830-1915). Político y militar. Ocupó la presidencia de México en siete ocasiones, de 1876 a 1910.

entonces. El Congreso actual insiste en que el presidente no pueda ser reelecto, sólo porque el general Díaz no acepta su candidatura.³

Con cierto fetichismo político que no puede nacer de arraigadas convicciones, sino de eventualidades del momento, la comisión, y con la comisión la mayoría, toman por grande desacato todo aquello que barrena los principios mantenidos en el Plan de Tuxtepec. Ésa es el arca santa de nuestra política. Las soñadas conquistas de la revolución tienen que sostenerse a toda costa. Fuera del Plan de Tuxtepec no hay salvación. Esta creencia ciega en la virtud de un plan revolucionario no tiene razón de ser seguramente. Ni el general Díaz triunfó por la fuerza de los principios contenidos en su programa, ni caerá tampoco del gobierno por haberlos puesto en olvido o despreciado. El general Díaz triunfó porque tenía en su apoyo el creciente desprestigio de Lerdo de Tejada y el favor declarado de una parte del ejército. Sin estos elementos, a pesar de sus promesas, el señor Díaz hubiera publicado la segunda edición del fracaso de la Noria. La revolución no se hace con promesas, se hace con odios y con descontentos. En la no-reelección el pueblo sólo pudo leer este lema: no seguirá gobernando Lerdo de Tejada.

Pero ¿cuál es la base racional de este principio? Los radicales de buena fe no pueden aceptarlo porque envuelve una escandalosa cortapisa a la libertad ilimitada del sufragio. El ciudadano, según sus teorías, tiene el derecho inalienable de dar su voto a quien le plazca y como le plazca. Desde el mo-

³ La revolución de Tuxtepec estalló a partir de la firma del Plan homónimo, el 10 de enero de 1876, fue encabezada por el general Porfirio Díaz, quien abanderaba la no-reelección y acusaba a Lerdo de violar la Constitución.

mento en el que se le dice: puedes elegir a todos, menos a éste, la libertad del sufragio queda convertida en un traidor embuste. Tampoco se evita con ese principio la prolongación en el poder de un partido o de una facción personalista. Si el presidente no puede ser reelecto, es cosa llana que busque entre sus amigos o entre sus favoritos al que, disponiendo de los elementos oficiales, reciba como herencia el mando supremo de la República. Para evitar esto habría que redactar el artículo en esta forma peregrina: no puede ser reelecto el presidente ni pueden subir al poder sus amigos, sus parientes o sus conocidos.

En cambio, si se halla el cuervo nácar, esto es, el gobernante que gobierne, pasados los cuatro años de su período, por más que haya sido una Providencia para el pueblo, cátese usted que tiene por fuerza que entregar la cosa pública al primer advenedizo que levanta el huracán desencadenado de las ambiciones.

Pero estas observaciones son inútiles, el Plan de Tuxtepec lo dice y no hay que discutirlo: el principio de no-reelección es necesario. Hoy ha entrado a todos los representantes de la Patria una gran comezón de honradez, y han de cumplir el Plan de Tuxtepec a pie juntillas. Ayer lo olvidaron lastimosamente cuando se trató de extender la contribución del timbre; pero ahora la cuestión cambia de aspecto y tienen que ser fieles a las promesas revolucionarias. De todas las fidelidades ésta es la peor.

La Voz de España, 27 de septiembre de 1879.



LA CUESTIÓN SOCIAL

Dando tregua a las cuestiones que, por su importancia del momento, ha venido tratando este periódico, me propongo ocuparme, conforme vaya habiendo espacio para ello, de una cuestión gravísima: del socialismo.

La cuestión social se nos viene, por así decirlo, encima, sin que sean bastante para conjurarla ni las disputas de los sabios ni las persecuciones de los gobiernos: la cuestión social es la inmensa nube negra que se forma y se enrosca en nuestro cielo; la que sin tregua ni descanso conmueve los imperios más que las repúblicas; la que impulsa el arma de Passavanti, el brazo de Olivia Moncassi; la que se discute en los liceos para bajar después, pálida y desgredada, a las plazas públicas, vibrando la espada de las revoluciones, con la tea incendiaria entre las manos; la que ha extendido por toda la Tierra sus inmensos miembros y parece como que se nutre, como que se unifica, para alzarse después terrible y formidable como el Atila vengador de la miseria.

Yo recordaba no ha muchos días esta cuestión gravísima al leer una ficción poética, el “Encélado” de Longfellow.¹

¹ Se refiere al poema “Birds of passage. Flight the second”, de Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882), escrito en febrero de 1859, y su personaje “Encedalus”.

Describe el poeta cómo el gran coloso yace sepultado, no muerto sino dormido, bajo las rocas graníticas del Etna: duerme el gigante, pero a veces despierta con ansia de sacudir aquella pesadumbre; retuerce los titánicos miembros, haciendo vacilar las inmensas moles de las peñas; deja escapar un rugido de salvaje rabia que pasa a través de las paredes de su cárcel; mueve sus cadenas; abre los labios para exhalar el reprimido aliento, y ese aliento es la inflamada lava que vomita el cráter, la roja ceniza que sube al firmamento, la ola negra que inunda los viñedos, las huertas y los prados, que ahuyenta y hace correr desatinadamente por los campos a los medrosos labradores que, con los rostros pálidos y cubiertos de pavor, vuelven los ojos al peñón amenazante, creen que esas cárdenas llamaradas son los relampagueantes ojos del titán abiertos de improviso, y que, al rumor del viento, al sacudir los pinos de la tierra, es una inmensa voz, un quejido agudísimo que dice: ¡Encélado respira! ¡Encélado despierta! Y yo al leer esto decía para mis adentros que la cuestión social es el Encélado de nuestro siglo, porque no es el movimiento de esta raza, de esa nación o de aquel pueblo; es un movimiento universal, un movimiento humano.

El poder de las ideas es tan inmenso que en un instante se universalizan, y esto no sólo es ahora con ayuda de los telégrafos, del vapor, y de la imprenta, de todas esas grandes alas, sino que era ya cuando los pueblos ni se conocían ni se trataban, de manera que todos los grandes movimientos y todas las grandes transformaciones coinciden con lo que se llama el sincretismo histórico.

Historiador hay que sostiene con gran copia de datos, que coinciden los movimientos europeos con los movimientos asiáticos y con los movimientos americanos, aún antes de que se

descubriera la América, según puede inferirse por los indicios de la historia y de la arqueología, como si el espíritu humano habitara todo el planeta.

Así las ideas tienen sus movimientos periódicos, como los movimientos siderales, movimientos que ni la fuerza titánica de cien Hércules sería bastante a impedir, porque tienen que realizarse fatalmente. Las ideas que germinan al concluir un siglo se desarrollan en los comienzos del siguiente. En el siglo XVIII se escribe la *Enciclopedia* y al tocar a su ocaso el mismo siglo, esa *Enciclopedia* se hace revolución y se llama Ochenta y Nueve.

En el siglo XVII la filosofía se empeña en alcanzar fines sociales y sube a los palacios de los reyes; reforma el derecho civil, las relaciones de la Iglesia y el Estado, y se llama Leopoldo de Toscana² en Italia, Choiseul³ en Francia, Aranda⁴ en España, Pombal⁵ en Lusitania. En el principio del siglo XVI, comienza la evolución de la reforma protestante, y seguidamente viene

² Leopoldo I de Toscana realizó una reforma interna en la que fueron removidos y reducidos los privilegios eclesiásticos y abolió la pena de muerte.

³ Étienne-François, conde de Stainville y, posteriormente, duque de Choiseul (1719-1785). Protegido de Madame Pompadour, secretario de Estado y Asuntos Exteriores, de la Guerra y la Marina, de 1758 a 1770, en Francia. Su gestión fue juzgada favorablemente por los enciclopedistas. En 1762 expulsó a los jesuitas de Francia.

⁴ Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda (1719-1798). Noble, militar y estadista. Presidente del Consejo de Castilla de 1766 a 1773. Primer ministro de Carlos III, expulsó a los jesuitas de España en febrero de 1767.

⁵ José de Carvalho e Mello, marqués de Pombal (1699-1782). Estadista. Como primer ministro de José I de Portugal, abolió la esclavitud en las colonias de las Indias, reorganizó el ejército y la marina, reformó la Universidad de Coimbra e impulsó notablemente la industria y el comercio. En 1759, expulsó a los jesuitas de Portugal y de las colonias.

el triunfo de Holanda y de Inglaterra, la tolerancia religiosa en Francia, y el derecho internacional nacido de la Paz de Westfalia. El gran trabajo del Renacimiento ha menester más de un siglo para realizarse, desde los primeros fenómenos que acaecieron a fines del siglo XV hasta las postrimerías del siglo XVI, cuando la idea y la forma se confunden en consorcio sublime, unidas como el calor y la luz, como la materia y el espíritu; cuando Colón se lanza al océano y, en pugna reñidísima con el misterio, encuentra el Paraíso perdido: nuestra América.

De modo que no hay una idea que se pierda en la conciencia, como no hay una molécula que deje de transformarse en la materia. Y esta idea que pasa primero por el período de la gestación, luego por el de la infancia, después por el del crecimiento y más tarde por el de la virilidad, se generaliza, toma alas, visita todos los países, arraiga en todas las conciencias, hasta que llega el período de la decrepitud; y entonces, la idea no muere, sino que se transforma, se asimila con otras y engendra un nuevo sistema, una nueva aspiración, como esta carne nuestra ha de volver a la tierra, al gran laboratorio de la vida, para entrar al torbellino de Cosmos y reproducirse a su vez en nuevos organismos.

Así a un tiempo mismo cae el castillo feudal en toda Europa, con Luis XI, con Fernando V, con Maximiliano⁶ de Austria; viene el dominio de la Tierra por el hombre y se descubren la brújula, la imprenta, el telescopio y América, por último: maravilloso coronamiento de esa gran epopeya del trabajo. Después, Felipe I, Carlos V, Felipe II, Enrique VIII personifican el establecimiento de las monarquías absolutas, y más

⁶ Se refiere a Maximiliano I de Habsburgo (1459-1519), emperador del Sacro Imperio Romano Germánico a partir de 1493.

tarde la evolución liberal se verifica, comienza el predominio de las clases medias, la Pompadour⁷ asciende al trono y Beaumarchais⁸ escribe su *Matrimonio de Fígaro*. Caen los reyes, se desgranán los imperios, fúndanse las repúblicas, como si Dios hubiera disuelto en nuestra atmósfera, con su dedo poderoso, el filtro de las nuevas ideas, esparcidas por todo el Universo.

A esta ley ineludible, eterna, obedece el socialismo. La utopía social ha sido de todos los tiempos y de todas las razas. Díganlo si no los judíos libertados de la común ruina por esperanzas mesiánicas de restauración material; díganlo las antiguas sociedades que, con ser tan sencillas y tan diferentes de las nuestras, tuvieron también sus profetas, como Agis y Cleómenes en Grecia, como Tiberio y Cayo Graco en el Lacio; los primitivos cristianos, que no habrían creído unir definitivamente sus espíritus, si a esta unión no precedía la unión de los intereses materiales; los milenarios, por último, extasiados en sublime arrobamiento, consolándose de las asperezas y estrecheces de la vida con la visión de esos celajes de bienaventuranza material que ellos se fingían más allá de los mares de ceniza en que la tierra había de convertirse al sonar la trompeta del arcángel. Juan de Huss y Jerónimo de Praga viven en el mismo período histórico en que se efectuaron los concilios de Constantinopla y Basilea;⁹ los campesinos son los socialistas en la Reforma protestante; en Austria hallamos la *Ciudad del*

⁷ Jeanne Antoinette Poison (1721-1764). Amante de Luis XV, quien le concedió el título de duquesa-marquesa de Pompadour.

⁸ Pierre Augustin Caron de Beaumarchais (1732-1799). Dramaturgo. Sus obras más célebres son *El barbero de Sevilla* (1775) y *Las bodas de Fígaro* (1786).

⁹ Alude al Concilio de Constanza XVI, reunido de 1414 a 1418, en el cual Jan Huss y Jerónimo de Praga fueron acusados de herejes y condenados a morir en la hoguera.

Sol; en el siglo XVIII el código de la Naturaleza y, en nuestro siglo, el siglo por excelencia de los problemas económicos, el pontificado industrial, la Icaria cabetista, la tetiada, el falansterio, todas las grandes utopías, todos los grandes sueños socialistas.

Pero ninguna época como la nuestra, ningunos días como los que ahora corren, más apremiados para la resolución de estas cuestiones. El socialismo es una idea llegada a la virilidad y que se univerzaliza sin remedio.

Cuenta con una organización temible y poderosa. Piensa en Alemania; habla en Francia y obra en Rusia. Los gobiernos comienzan a mirarlo fijamente, como sorprendidos de no haber parado mientes en su gravedad y en su importancia; la propiedad alarmada reclama urgentemente una medida salvadora y hasta el mismo príncipe de Bismarck, que en una sesión célebre había dicho: “Dos son los enemigos de Alemania: la internacional roja y la internacional negra; los clérigos y los socialistas”, debe haber caído en cuenta de que esta última era la verdadera enemiga de Alemania, porque empieza a inclinarse al partido católico para salvarse del partido socialista. Hasta ha habido quien llame al socialismo el Anticristo, que tanta es su preponderancia y tanto el miedo que siembra en todas partes. El coloso dormido ha despertado, y de nuevo escuchamos aquellas pavorosas frases del poeta: “¡Encélado respira! ¡Encélado despierta!”

Pero ¿no hay en el socialismo una tendencia justa al lado de un error gravísimo? ¿No podría atajarse con hacedoras concesiones, con mejoramientos necesarios la marcha de ese cíclope rabioso? Pues son éstos los problemas que deben estudiarse, mayormente cuando cierto socialismo empírico ha germinado entre nosotros; socialismo que hoy sólo se manifiesta

por reuniones de obreros, por revueltas de bandidos, pero que tomará incremento y fuerza entre los indios, inclinados por tendencia de raza al comunismo, y las perturbaciones habidas otras veces en el estado de Hidalgo y la propaganda que se hace sin descanso en Puebla nos ponen de manifiesto esta verdad.

Veamos con tiempo los mejores medios de conjurar el daño.

El Nacional, 27 de enero de 1881.



UN PELIGRO EVIDENTE.

LA INVASIÓN EXTRANJERA

El *muezzin* colocado en lo alto de la torre nos señala el peligro, y lo peor es que no ponemos medio alguno para conjurarlo. Los americanos nos invaden poco a poco, sin estrépito de armas, sin grandes batallas ni pequeñas escaramuzas; entran por las garitas sin que nadie les marque el alto ni les pregunte sus propósitos; construyen ferrocarriles para venir más cómodos, sin sufrir la aspereza del camino ni los terribles saltos de la diligencia; no traen armas, ni proyectiles, ni municiones, pero, en cambio, viene con ellos esa vara poderosa que no hace brotar el agua como la de Moisés, sino el oro; la que opera todos los milagros y todos los prodigios: el dinero.

Incuestionablemente, esta anexión pacífica tiene que verificarse. No podemos resistirla. Comienza disminuyendo la miseria, acrecentando el movimiento comercial, y los pobres, los menesterosos, los miserables, la reciben con muestras de verdadero regocijo. Por mucho que sea, sin embargo, el provecho que puede redundar para México de esta creciente inmigración, no puede tampoco negarse que serias complicaciones y conflictos gravísimos nos amenazan. La raza que viene adueñándose de nuestro país es una raza opuesta diametralmente a la nuestra. Poco a poco se irán apoderando de todas nuestras

actividades, de los ferrocarriles, de la industria, del comercio. Para contrarrestar este fornido empuje sólo existe un medio adecuado: la educación.

Es necesario cambiar radicalmente la educación que hoy se da a los jóvenes, preparándolos a luchar ventajosamente con los *yankees*. La raza americana es una raza esencialmente trabajadora y comerciante. Nosotros, por un heredismo irremediable, tenemos los dos grandes defectos de la raza española y de la raza azteca: la altivez y la indolencia. Creeríamos rebajada la dignidad de nuestros hijos si, en vez de cursar leyes en la escuela, estuviesen bajo el mostrador de alguna tienda, despachando géneros o entregados a las labores de la agricultura. No hay pobre hortera ni empleado sin porvenir que no sueñe con dar a sus hijos una educación enteramente literaria. La abogacía, la medicina, la literatura son las únicas carreras a que aquí se dedican los jóvenes. Por manera que, andando el tiempo, tendremos un número infinito de médicos, de abogados y de literatos; tendremos acaso una legión de sabios; pero estos médicos, estos letrados, estos sabios, dominados por una raza más activa, más trabajadora, menos sabia, no tendrán más recurso que morirse de hambre.

Es un axioma de biología que los seres más fuertes tienen de vivir a costa de los débiles. Precisa, pues, vigorizar con la educación nuestra indolente raza para adecuarla a ese combate, a ese *struggle for life* del que nos habla Darwin.¹ ¿Cómo? Poniendo más trabas a las carreras literarias y extendiendo, por cuantos medios sean posibles, los estudios prácticos, la

¹ Significa "Lucha por la vida", frase que se encuentra en la obra *El origen de las especies*, de Charles Darwin, publicada en noviembre de 1859, fundamento de la teoría evolucionista.

ingeniería, las escuelas regionales; borrando sobre todo ese *ananké*² ridículo que pesa sobre la industria y el comercio, con mengua de nuestra prosperidad y nuestro desarrollo.

Ya hemos perdido en verdad mucho terreno: el comercio está en poder de los alemanes; la industria, en manos de los españoles y los ferrocarriles se construyen a la sombra de la bandera americana. La agricultura misma o está en manos extrañas o, si está en las propias, se arrastra trabajosa y rutinera, como en los tiempos primitivos. Nos hemos ido cerrando, una por una, todas las puertas de la actividad y de la vida. No sabemos o no queremos ser más que oficinistas, usureros o letrados. De tal suerte, que si los *yankees*, de burdas ropas y gruesos zapatones, nos invaden, habituados a la faena dura del trabajo, libres de esa altiveza castellana que nos ha perdido y de esa indolencia azteca que nos asesina, tendrán que apoderarse, sin remedio, de todos nuestros modos de vivir, dejándonos, puesto que lo queremos, expedito el camino de las aulas y sin estorbo la senda de la miseria.

Una educación menos abstracta y más práctica, exenta de preocupaciones de nobleza, propia para desarrollar los músculos en el trabajo, nos salvaría de este aniquilamiento. Sobra inteligencia a los mexicanos para asimilarse todas las ideas e

² *Ananké*, en la mitología griega, era la madre de las Moiras y la encarnación de la inevitabilidad, la necesidad y la compulsión. En un ensayo sobre Víctor Hugo, Justo Sierra señala: “La religión, la sociedad, la naturaleza: he aquí las tres luchas del hombre. [...] La dificultad de la vida nace de esa trinidad. [...] Un triple *ananké* (fatalidad) pesa sobre nosotros; el *ananké* de los dogmas, el *ananké* de las leyes, el *ananké* de las cosas”; en *El Renacimiento. Periódico literario (México, 1869)*, edición facsimilar de Huberto Batis, UNAM, 1993, pp. 246-247.

imitar con ventaja todas las industrias. Lo único de que carecemos es de voluntad. Conviene, pues, decir sin tregua ni descanso que no hay trabajo alguno que deshonre. Luego que el rico se resigne a encallecer las manos de sus hijos, poniéndolos en las fábricas y en los talleres; luego que se enseñe a los hombres, desde mozos, a ejercitarse en los trabajos, por duros que éstos sean; luego que se disminuya la dosis de conocimientos abstractos y se dé a la juventud un número más grande de nociones prácticas, podremos luchar ventajosamente con los americanos, y con los alemanes, y con los españoles. Es el único medio que nos resta para evitar nuestro aniquilamiento y salvarnos de la invasión.

El Nacional, 17 de mayo de 1881.

CARTAS A UN DIPUTADO

Señor diputado:

No tengo la conciencia de ser amigo de usted, aunque bien puede ser que lo sea. Tal vez hayamos almorzado juntos muchas veces; no dificulto que seamos vecinos de luneta en el teatro o que tengamos alguna relación de parentesco. De cualquiera suerte, yo quiero suponer que somos tan extraños y tan desconocidos como lo son el habitante de las islas Sandwich¹ y el descendiente de los viejos Natchez.² Tengo, pues, el honor de suplicar a usted que me reciba en su casa para tener conmigo cinco minutos de conversación. Sin falta de modestia puedo asegurar que no acostumbro llevarme los relojes de mesa ni limpiar mis botines en la alfombra. Por consiguiente se me puede recibir sin precauciones. Sólo advertiré, para el

¹ Las islas Hawai originalmente fueron bautizadas por el capitán James Cook con el nombre de islas Sandwich, en agradecimiento a John Montagu, IV conde de Sandwich, en enero de 1778. Se les empezó a conocer como islas Hawai en el siglo XIX.

² Los natchez son una tribu amerindia que vivía en la actual Natchez, en el río Misisipi inferior.

mejor concierto de nuestras amistades, que no acostumbro hacer visitas matinales.

Nosotros, por lo común, nos levantamos malhumorados y pésimamente dispuestos para la detenida reflexión. La torpeza del sueño dura en los hombres que, como usted y yo, llevamos una vida poltrona, hasta después del medio día, y en tal virtud, mis pequeñas visitas, cortas como las de la felicidad y como las de los médicos, serán visitas de etiqueta, hechas minutos antes de que usted entre al Congreso, y cuando la digestión, hecha sin embarazo y sin esfuerzo, haga que mire usted las cosas del color de una lonja de pámpano: color de rosa. No pondré oposición ninguna para suponer que usted es miembro de alguna sociedad americana de temperancia; que, sobre resistir a las excitaciones de la gula y ser parco en beber, sólo concede a su estómago el regalo de uno o dos vasos de Chateau Laffite y una pequeña copa de Chartreuse para el café. Si fuera de otro modo, le estimaría muchísimo que me lo indicara. Nada hay peor que tratar con un ebrio, y en tal caso, me vería en la precisa obligación de suspender intempestivamente nuestras relaciones. Hay más aún: como los hombres que hacen mala digestión tienen la inteligencia obstruida y la palabra torpe, si se encuentra en esa triste condición le recomiendo el uso de la crema de bismuto del Doctor Quesneville o del tónico Vino de Bellini.

Sentado esto, podemos empezar. Nos llega usted de su provincia, como un aerolito caído de los cielos, sin saber ni una coma de lo que pasa aquí, pensando que los asuntos importantes, pendientes de resolución, consisten en fabricar un puente sobre el río de Mezcala, una parroquia para el pueblo de Santiago o un edificio que haga veces de casa consejal en Casas Viejas. Las cuestiones locales preocupan a usted mucho,

y, sin embargo, hay algo más grave que la cuestión de los Camarena en Jalisco y la cuestión de los Vega en Culiacán. El mundo es todavía más grande y los encargos que han hecho a usted sus comitentes son de todo punto accesorios. A vuelta de una semana o quince días, usted mismo olvidará la compra de una sotana nueva para el cura, un bastón de carey para el prefecto y un tápalo de China para la comandanta. Oirá usted decir que van a debatirse grandes cosas y que se trata de organizar sólidamente una terrible oposición parlamentaria. Como no tengo empacho en figurarme que usted es limpio de corazón y un tanto cuanto cándido, quiero precaverlo contra las acechanzas de unos cuantos peces gordos que llaman a las sardinas para devorarlas.

Textualmente, amigo mío, no hay ni puede haber oposición. En Francia, por ejemplo, las oposiciones se forman de los flordelisados partidarios del Conde de Chambord, los que defienden la legalidad de los Orleans y los bonapartistas. Cuéntase además con la pequeña oposición de los hidrófobos, que quieren un gobierno de petróleo y unos gobernantes que hayan sido ladrones, cuando menos. En España existe la oposición de los carlistas, que no saben a punto fijo lo que quieren, de los posibilistas como Castelar,³ y los demócratas

³ Belem Clark de Lara, apunta que “Emilio Castelar y Ripoll, aunque enemigo de la doctrina federalista, al finalizar la década de 1860 transigió con ella para evitar la escisión del partido republicano. Después de las renuncias de Estanislao Figueras y de Francisco Pi y Margall, y de la retirada de Nicolás Salmerón y Alonso, Castelar asumió la presidencia de la República en momentos gravísimos, impuso la república conservadora al declarar fuera de la ley el federalismo, suspendió las Cortes por tres meses y reanudó las relaciones con la Santa Sede. Después del golpe de Estado de Pavía y restaurado el régimen monárquico, formó el Partido

puros como Roque Barcia.⁴ En todas partes hacen oposición al gobierno los que lo creen usurpador, malo o tiránico. Aquí no puede haber una oposición fundamental, porque no hay ideas, doctrinas ni sistemas que nos dividan. No puede haber oposición al gabinete, porque el ministerio no es responsable. La Nación no se cura de esas destempladas vociferaciones, porque nada gana con que nombren a Z. embajador de Austria o a Pedro o Juan, ministro de Justicia. Son cuestiones personales que sólo importan al aspirante y su familia. Por mucha que sea, pues, la honestidad de sus proyectos, deben interesarnos tan poco como al periodista Carranza⁵ le importaba la insurrección de los tártaros contra los rusos. Es muy loable y justo que un ciudadano de cualquier especie pretenda ganar el pan de su familia, pero no es cosa de levantar a la nación en armas porque la virtuosa familia de ese ciudadano agregue un plato más en su cocina. Estas cuestiones de cocina caen bajo la competencia del proveedor de carne y del abarrotero. Usted, amigo mío, debe meter la mano en su bolsillo y dar una peseta al que pretenda seducirlo para entrar a esa liga de la oposición. Hay otros opositores de buena fe, que hablan mal del gobierno fatalmente por una necesidad

Posibilista, grupo político español que en un intento de democratizar, en lo posible, a la monarquía española, aceptó colaborar con ella, siempre que ésta favoreciera reformas liberales como el sufragio universal; los posibilistas pasaron a formar parte de las filas liberales en 1893”, en *Op. cit.*, pp.121-122.

⁴ Roque Barcia Martí (1821-1885). Filósofo, lexicógrafo y político. Republicano perteneciente al partido demócrata español en el siglo XIX. Formó parte del Gobierno cantonal de Cartagena.

⁵ Se refiere al personaje de la zarzuela *La Guerra Santa*, escrita por Enrique Pérez Escrich y Luis Mariano de Larra; y musicalizada por Emilio Arrieta.

de su organismo, como el tigre devora a las ovejas y el cerdo extrae las trufas con su trompa.

Tienen la estereotipa de la indignación y llevan en la faltriquera, como una caja de cerillos, un cartucho o carcax de rayos fulminantes. Han erigido un templo a Júpiter, el aglomerador de nubes, y hacen la oposición tan natural y tan sencillamente como caminan, comen y digieren. Nada tiene usted que ver con esas necesidades orgánicas, ni con esos instintos invencibles. Ésta es la cuestión del médico de cabecera o del albeitar, y ambos de común acuerdo han declarado que hay tendencias irresistibles cuya cura escapa a la jurisdicción de la medicina y de la veterinaria. Son problemas fisiológicos y nada más.

Yo conocí a un demente que se creía destinado por el Cielo para atajar el paso de las locomotoras. Cierta vez se escapó del manicomio y fue a dormir la siesta en medio de los rieles. Luego que vio venir la locomóvil se abrió de brazos, con el ademán de la estatua que está erigida a la Ciudad de México en el monumento hipsográfico del Seminario. —¡De aquí no pasarás! —dijo a la máquina. El tren pasó, por de contado, triturándolo.

Creo que estos ejemplos y estas reflexiones bastarán para que usted sea cauto y precavido. Aquí lo necesario es ayudar eficazmente al gobierno, sin buscarle ni trabas ni embarazos. Dictar buenas leyes que cimenten el orden, y ocuparse muchísimo de la administración y de las mejoras materiales. Ver el modo de aumentar las entradas del Tesoro, que ha menester mucho dinero para pagar las fuertes subvenciones decretadas y organizar bien el ejército.

Sobre estos puntos hablaremos otro día. Lleve usted su *paletot* porque en las noches de septiembre suele soplar un aire

CARTAS A UN DIPUTADO

frío, y cambie ese saco de mañana por una levita de paria negro. Es preciso guardar el decoro de la representación nacional.
Muy buenas tardes.

El Nacional, 20 de septiembre de 1881.

LO QUE HACE EL GOBIERNO

La Secretaría de Hacienda ha presentado ya al Congreso su contrato con los señores representantes del Banco Nacional Mexicano. Pocas veces, o por mejor decir, ninguna, se han efectuado durante el receso de las Cámaras operaciones de tan grande importancia y trascendencia como las que ha verificado últimamente la Secretaría de Hacienda. El tino y prudencia con que ha sabido llevar a feliz término y remate las cuestiones más arduas, acreditan el celo con que cuida de los sanos intereses de la sociedad y del forzoso acrecimiento de las rentas públicas. La nación ve con extraordinario regocijo el término de las disensiones intestinas y del período azaroso de la política. Los hombres todos del gobierno se dedican hoy exclusivamente a administrar con acierto, procurando por cuantos medios son pertinentes y oportunos. Toda la máquina administrativa funciona con desembarazo y libertad, haciendo prosperar con sus medidas sabias el trabajo, la industria y el comercio.

Dos cuestiones son las que reclaman ahora el detenido estudio del gobierno: la cuestión de ferrocarriles y la cuestión de bancos. De ambas depende incuestionablemente el porvenir de México. Los ferrocarriles, haciendo fáciles y baratos los

transportes, harán explotables las riquísimas comarcas que permanecen hoy inexploradas e infecundas. A la sombra de las instituciones bancarias, vendrán los capitales extranjeros que han de poner en movimiento los brazos hoy ociosos y las inteligencias que se esterilizan, faltas de recompensa y de aliciente. Ya muchas veces hemos asentado la conveniencia ingente de atraer los capitales europeos, con preferencia a los americanos. Los hombres sensatos de la administración y el periodismo conocen la verdad de este principio y tienen ya sobradamente demostrado cuán necesario es no olvidarlo.

Vengan, sí, en buen hora los caudales americanos; nosotros no cerraremos nuestras puertas a la invasión pacífica de los comerciantes, pero vengan también al propio tiempo los que han de asegurar en cierto modo nuestra independencia, restableciendo el equilibrio comercial. Contando con la paz, que ya parece asegurada, y con el buen orden administrativo, es fácil prever que, muy en breve, tendremos en México empresas europeas que servirán de contrapeso al elemento *yankee*. En los mercados de Francia e Inglaterra hay sobra de dinero. El capital que se debate y que forceja en un estrecho círculo, busca un amplio terreno en qué extenderse, tal como suelen las raíces del árbol romper su cárcel de tierra, sobrado angosta ya para encerrarlas. El capital vendrá, pues, irremisiblemente, y con el capital la prosperidad y la riqueza.

A este dichoso fin conspiran todas las disposiciones del gobierno. La Secretaría de Relaciones procura extender, sin mengua del decoro nacional, nuestras relaciones diplomáticas. Se borran los odios, se debilitan los rencores y nuestro crédito, antes tan maltratado en todas partes, va por fin descansando en bases sólidas. La Secretaría de Guerra trata de organizar debidamente el ejército, ese monstruo apocalíptico que devora

todo y que ha sido constantemente el grande escollo en que se estrellan las mejores combinaciones financieras. Sin caer en la utopía ni imaginar que sea posible nuestra existencia, sin contar con un ejército disciplinado y regular, amenazados como estamos por la frontera del norte, por la frontera de Guatemala y por las desoladoras invasiones de indios bárbaros, la Secretaría de Guerra trae entre manos proyectos muy discretos y muy prácticos que han de conseguir la buena organización militar de la República. La Secretaría de Hacienda, que es inquestionablemente la de mayor importancia, en los períodos administrativos no descansa en la tarea difícil y ardua de ver por los intereses de la Nación y por los intereses del Erario, ya contratando el establecimiento de los bancos, ya eximiendo de derechos a la plata que se exporta y dictando medidas convenientes para aumentar, sin extorsión ni tiranía, las rentas públicas. El Ministerio de Fomento consagra toda su atención escrupulosa a las cuestiones de ferrocarriles y de mejoras materiales; de tal modo que, en un plazo relativamente corto, se han construido muchísimos kilómetros de vías férreas y se han puesto en explotación varios caminos.

Las secretarías de Gobernación y de Justicia no están tampoco ociosas y poderosamente ayudan a la grande obra de reconstrucción que se ha iniciado. La recta administración de justicia y el desenvolvimiento de la enseñanza pública coadyuvan con eficacia al buen estado comercial y financiero de los pueblos. Sin una buena organización judicial, los capitales no vendrían nunca ni se aventurarían empresas extranjeras, temerosas de quedar a merced del primer embrollón armado con influencias poderosas. La enseñanza pública hace útiles y productivas las inteligencias que entran en la categoría de los valores negativos. Spencer ha observado con justicia que el

estado financiero de los pueblos está en estrecha relación con el estado de sus escuelas y colegios; por manera que difundir la instrucción equivale a aumentar la riqueza pública y por ende las entradas del Tesoro.

Nada de esto se escapa a la mirada penetrante de los que hoy gobiernan; a este fin tienden todas las medidas dictadas por los secretarios de Estado, y bien puede decirse que, obedeciendo a un solo pensamiento, caminando compactas y seguras, persiguen con fortuna el gran ideal de las naciones libres: convertir al Gobierno en un sabio administrador, honrado y noble.¹

El Nacional, 27 de septiembre de 1881.

¹ Belem Clark de Lara, señala que “en 1876 Gutiérrez Nájera está convencido de la necesidad de una buena administración, y de la inversión como base del progreso nacional; no obstante, para 1892, el anhelado avance económico no ha tenido el éxito que se esperaba; la situación económica de los trabajadores se ha ido deteriorando severamente durante esta década”, en “Meditaciones políticas”, *Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895). Mañana de otro modo*, México, UNAM, 1995, p. 132.

LIBERTAD, NO LIBERTINAJE

*La Libertad*¹ ha publicado una serie de artículos, por todo extremo notables, cuyo título es el “Desafuero de la prensa”. Ya hace tiempo que debíamos habernos fijado con esmero en esa extensión ilimitada y peligrosa que se concede a la libertad de escribir. Yo soy y seré siempre el primero en defender la libertad inalienable de la prensa; yo he querido y quiero luchar a campo abierto con todas las ideas, con todas las opiniones, por encontradas que sean; yo sostengo que allí donde la prensa tiene una mordaza, el pensamiento sufre, y las ideas, maniatadas, perseguidas y puestas en estrechos calabozos, preparan incuestionablemente una espantosa rebelión, una revancha sangrientísima, algo que se asemeja grandemente a las erupciones volcánicas y a las tempestades de los mares. Pero cuando esta libertad declina en el libertinaje y el escándalo; cuando la prensa se prostituye y deja de ser la matrona augusta de la Roma honrada, para convertirse en una misera-

¹ El periódico *La Libertad* apareció el 5 de enero de 1878, fundado por Justo y Santiago Sierra, Francisco G. Cosmes y Telésforo García, quienes lo denominaban como “Diario liberal conservador”.

ble barragana; cuando se está a merced del primer insolente o del primer menguado, yo estoy y estaré siempre aliado de los que piden una limitación de esos derechos y un correctivo de esos escándalos; yo estoy y estaré siempre de parte de los ofendidos, no porque desconozca la bondad y grandeza del principio, sino precisamente porque quiero, con todas las fuerzas de mi voluntad, que no se desprestige y prostituya, labrando así su inevitable muerte.

En nuestro modo de ser, exagerado y utopista, hemos concedido grandes prerrogativas y franquicias a los derechos individuales, pero hemos desatendido miserablemente los grandes derechos de la sociedad. Y ha menester la sociedad de nuevas y poderosas garantías para no perecer en este gran tumulto de pasiones; ha menester, y con apremio, de la amplia protección de los legisladores; ha menester que la pongamos a cubierto de las dañosas emanaciones de ese Brahmaputra que está envenenando el aire y haciendo más difícil la existencia. Sacrifiquemos nuestros ideales, si es preciso, pero no toleremos por más tiempo este desbordamiento de aguas cenagosas, esta constante producción de miasmas, estas emanaciones de otro nuevo Ganges, que que no encierra cadáveres disyectos ni cuerpos putrefactos como el de la India, sino el fermento de las pasiones bajas y mezquinas y de la asquerosa podredumbre de la envidia. Que haya, sí, libertad plenísima, absoluta, de emitir toda estirpe de opiniones; que la verdad pueda combatir en campo abierto con el absurdo; que lidien todas las ideas y todos los sistemas: no queremos una democracia asustadiza ni medrosa, sino una democracia tranquila, altiva, confiada en sus propias fuerzas y en su propia bondad. Pero que se proscriban para siempre esos cobardes y rastreros desahogos de las nulidades ofendidas, esas diatribas de taberna, esas dispu-

tas de cuartel: que la lid sea con la espada desnuda del razonamiento, no con el arma corta del ultraje.

Y urge llevar al cabo esta loable empresa, porque la canalla se envalentona y ya nos desafía con inaudita audacia. Ayer se deslizaba la calumnia, solapadamente, entre los muros; hoy se exhibe ya con descaro; es la humedad que comenzó asomando por el friso de la pared, y que se extiende, como una sombra negra, en todo el muro. Y urge llevar a cabo esta loable empresa, porque padece nuestro crédito y está amenazado gravemente nuestro prestigio. Podemos nosotros conocer los móviles cobardes que guían a ciertos escritores, pero el papel impreso salva el océano, llega a otros países, y allí se pone a pregonar infamias contando con la impunidad; allí circula sin estorbo la calumnia, deteniendo al inmigrante que viene a poblar nuestros desiertos páramos, y al capitalista que piensa emplear en empresas nuestras sus caudales.

¡Ojalá que estas brevísimas palabras llamaran la atención de los legisladores a asunto de tan grande trascendencia!

El Nacional, 25 de octubre de 1881.



EL PARTIDO DE LA GENTE HONRADA

Cuando las sociedades, largamente agitadas por repetidas convulsiones, entran por fin a ese periodo de reposo en que se nutren y recobran fuerzas nuevas, surge invenciblemente, por su propia fuerza, sin necesidad de peroraciones tribunicias ni de propaganda, un gran partido que es precisamente el que deben buscar de preferencia los gobiernos si quieren descansar sobre las bases sólidas de la confianza y el prestigio. Este partido no ha luchado en las turbulencias del combate, ni siquiera en el campo de los comicios; gota alguna de sangre mancha sus manos; viene virgen de todo compromiso, sin venganzas que ejecutar ni parciales a quienes proteger; es el partido que se forma inevitablemente y por agregación en las clases acomodadas y en las clases productoras; el partido de los hombres que no buscan fortuna espada en mano, ni persiguen sueños ideales a costa de muchas vidas y de muchas lágrimas: es el partido, en fin, de aquellos hombres que, alejados de la cosa pública, ven con mayor imparcialidad el curso de los acontecimientos y no se dejan cautivar tan fácilmente por los hermosos oropeles de la palabrería revolucionaria.

Lo que ha sido hasta entonces una fuerza pasiva, y aún sigue siéndolo en alguna parte, se trueca gradualmente, a medida

que crece la confianza, en una fuerza activa, capaz de acometer grandes empresas y de llevarlas pronto a su coronamiento. Las clases que, heridas en sus intereses o menospreciadas, permanecían en su aislamiento, vuelven a tomar cierta injerencia bienhechora en los asuntos públicos, con mengua, es cierto, de los que medran en el torbellino revolucionario, pero con grande satisfacción de cuantos buscan el bien y la prosperidad de su país. En ese gran partido se han apoyado eternamente todos los gobiernos que aspiran a vivir en plena paz, y ese partido que no da a la nación un contingente de armas, es el que ha salvado todas las crisis, todas las penurias, todos los conflictos. En nuestros tiempos, ninguna administración se ha sostenido nunca por espacio largo fiada sólo en el poder de sus bayonetas y en el calibre de sus cañones. La fuerza nada vale ni significa si no se apoya en el Derecho y en los sanos intereses de la sociedad. David vence siempre a Goliat cuando está de su parte la justicia.

Hoy ha llegado para nosotros el periodo en que la formación de ese partido es necesaria. La tierra está convenientemente arada para que la semilla arraigue en el abierto surco. El descrédito de las viejas utopías revolucionarias aumenta diariamente. Los que aún persiguen una democracia irrealizable combaten ya con armas cuya punta se ha roto en la coraza férrea de la realidad. La gastada palabrería que pudo seducir por un momento a los incautos no ejerce ya poder ninguno en los ánimos. Todos los profetas que nos han querido conducir a un El Dorado en donde arrastran los ríos arenas de oro y cuelgan de los árboles racimos preciosos de amatistas y esmeraldas, como los que adorna la caverna de Aladino, corridos ya y avergonzados, no se atreven a propalar sus profecías y cuando lo hacen se estrellan irremediabilmente, chocando contra

la muralla de la indiferencia. Ya os conocemos: una y cien veces nos habéis cantado esa canción de hermosas palabras y sonoro ritmo, una y cien veces nos habéis prometido los tesoros de Alí Babá y el gobierno de la ínsula Barataria;¹ hemos tenido la imprudencia de escucharos y seguiros, dejando en abandono la pobre choza que nos resguardaba contra el viento y el trabajo que abastecía nuestra cocina. ¿Para qué? Para llevarnos a una vida de aventura que gasta la existencia sin aumentar sus goces; para correr los campos, perseguidos siempre, muertos de hambre y de fatiga, llegando, al fin de la carrera, no a ese Edén que nos habíais pomposamente señalado, sino a una pobre e inhóspita estepa, habitada por monstruos y salvajes alimañas. La choza está muy lejos; la noche se cierra cada vez más negra y los pobres aventureros, que han corrido tras el Pájaro Azul² de la felicidad, perecen, sin socorro y sin testigo, sobre la arena que caldea el estío, seguros de que nadie llorará su muerte ni pondrá la cristiana cruz sobre su tumba.

El pobre, pues, no deja ya su hogar humilde para correr en busca de ese Monte Nebo,³ de esa tierra prometida que

¹ Se refiere a la ínsula Barataria que Miguel de Cervantes, en *El Quijote de la Mancha*, desarrolla en los capítulos: XLV, XLVII, XLIX, LI, LIII. Los duques de Villahermosa hacen entrega de una isla al escudero Sancho Panza, al cual nombran gobernador; lo someten a diversas y crueles burlas. Sancho se muestra juicioso e impone una lección de cordura a aquellos nobles ociosos a los que eligió Cervantes para satirizar a la nobleza española.

² *El pájaro azul* es un cuento de hadas de la francesa Marie Cathérine Jumel de Berneville, condesa de Aulnoy (1650-1715).

³ Alude al capítulo 34:11 (el último) del libro Deuteronomio, del Antiguo Testamento, el cual relata el momento en el que se le niega a Moisés la entrada a la Tierra Prometida, a donde había dirigido a los israelitas desde Egipto. Al serle negada la entrada, el patriarca bíblico, antes de morir, vio la tierra de Canaán desde la cima de una montaña.

CARTAS A UN DIPUTADO

jamás llega a alcanzarse. El país reposa y sólo se oye el movimiento de una colmena enorme de trabajadores. Este es el instante favorable para que las clases, alejadas de todo asunto público, vuelvan a tomar una legítima injerencia en la administración. El Gobierno, sin odios ni antipatías, convoca a todos los que buscan con buena voluntad el bien de la nación. Todos se agrupan en torno suyo y le prestan su eficaz ayuda. El partido de la gente honrada aparece, al fin, y apoya la administración. ¡Tristes de aquellos que provocan motines e intentan asonadas para llenar sus arquillas con el dinero de los pobres!

El Nacional, 4 de febrero de 1882.

LOS HOMBRES DE ESTADO

Leía yo, en días pasados, en una revista de Emilio Castelar, un parangón, sensato y justo, entre las varias aptitudes que deben caracterizar al estadista y las diversas condiciones que ha de tener el filósofo. Con discreción y tino, que ya en él no son raros, explica el eminente tribuno cuáles son las funciones del estadista en una sociedad bien constituida. Las ideas enunciadas en la revista a que vengo refiriéndome no son precisamente las que exponía su autor en los calamitosos tiempos revolucionarios. La evolución que en él se ha verificado, sin destruir su ardiente amor a la República, le ha hecho palpar la inconveniencia de querer informar las sociedades con arreglo a un ideal, sin atender las imprescindibles condiciones del momento y el medio. El frío contacto de la realidad no ha inmovilizado las alas de sus aspiraciones; pero puso en ellas ese pequeño glóbulo de plomo que se llama el sentido práctico, y que, atajando un poco el vuelo rápido, precave de caídas y desastres. Ya no es un soñador ni un iluminador; no se deja arrastrar por la corriente de los sueños, con los brazos cruzados sobre el pecho; piensa, ve, precave, cuenta de antemano los obstáculos que habrá de superar y las resistencias que tiene que vencer; examina la solidez del terreno antes de levantar

la enorme fábrica de sus ideales, y sabe contener a tiempo la carrera vertiginosa de ese potro indómito que se llama la imaginación. Estudiando estos mismos secretos de su evolución, y comparando su modo de ser actual al de antaño, ha comprendido y explicado las funciones difícilísimas del estadista.

Verdad es: nada hay más vario ni distinto que las cualidades de un perfecto hombre de Estado. No es un tipo único, invariable e inflexible, cuya línea recta se puede perseguir en las complicaciones de la Historia. Cambia, se modifica, se transforma; no es el hombre de ayer ni el hombre de mañana: es invariablemente el hombre de hoy. El filósofo, absorto en la contemplación de la idea pura, se desprende por así decirlo, de la Tierra; el estadista ha menester un gran conocimiento de todas las circunstancias especiales y transitorias que pueden oponerse a sus ideales o favorecerlos.

Si así comprendieran las funciones del estadista algunos escritores que hacen tenaz oposición al gabinete y al gobierno porque no realizan en un día sus ideales ni informan la sociedad a su manera, renunciarían forzosamente a esos eternos razonamientos absolutos con que hace tiempo están moviendo guerra a los gobiernos más sensatos y más prácticos. Los que vemos las cosas sin pasión, sin que los oropeles nos cautiven ni las palabras huecas nos fascinen, celebramos con entusiasmo y regocijo el solemne advenimiento de una administración, lo que no da fácil oído a los eternos enamorados de la utopía y sabe caminar con pie seguro, midiendo la extensión de la ruta que ha de recorrer, y esquivando con tino los abismos. Esta política no satisfará probablemente a los que buscan con ahínco mal oculto todo linaje de reformas bruscas y de cambios imprudentes; pero la sociedad no se compone sólo de iluminados y de soñadores; la sociedad mira con júbilo a estos

augustos administradores que no la extorsionan ni la perturban ni la inquietan; quiere vivir en paz consigo misma, quiere que no se la moleste en las tareas cotidianas del trabajo; y de esta lenta elaboración que hoy se efectúa, bajo el discreto amparo del gobierno, brotará —no hay que dudar— un orden nuevo, no tan perfecto ni tan ideal como ese nuevo día de Astrea,¹ tan cantado por todos los poetas, como ese mar libre en el que sueñan todos los viajeros de la región polar, como ese reinado del Señor sobre la Tierra, predicho por los milenarios de todas formas y colores, mas sí con mucho superior al orden actual, más favorable a las conquistas de la libertad y al pacífico desenvolvimiento del progreso.

He aquí por qué jamás titubeamos en conceder a los hombres que integran hoy nuestro gobierno el título pomposo de estadistas. Lo son, sí, porque conocen admirablemente cuáles son las necesidades de sus gobernados y cuáles son los intereses que han de protegerse; lo son, porque administran con prudencia, libres de compromisos revolucionarios y de ligas peligrosas; lo son, porque dan leyes que pueden ser llevadas a la práctica y tienen siempre en cuenta las condiciones de la sociedad que está bajo su amparo; y este conocimiento de los hombres, de las necesidades, de los intereses, este amor desinteresado a la verdad, este ahínco de perseguir y alcanzar el bien del mayor número, es lo que constituye, propiamente hablando, al estadista.

Ya ha pasado la edad de los profetas y de los apóstoles: viene ahora el período de los fundadores. La tarea de nuestros

¹ Astrea, en la mitología griega, fue hija de Zeus y Temis. Es considerada la diosa de la justicia.

CARTAS A UN DIPUTADO

hombres de Estado debe consistir ahora en adquirir exacto conocimiento de nuestros hombres y de nuestras cosas; en conocer la solidez, la densidad, la resistencia de la masa social que van a modelar, y en imprimir un movimiento acelerado, mas no brusco, a la gran máquina administrativa, de manera que lleguemos temprano al término del viaje, pero sin exponernos torpemente a que el convoy se desriete en el camino. Hoy tomamos el barro: ¡mañana acaso surgirá la estatua!

El Nacional, 23 de febrero de 1882.

MANÍA DE HABLAR INGLÉS

Stat nominis umbra.

México, 23 de febrero de 1883.

Quejábame ayer, como diría el señor Agüeros, de esta pícara manía de hablar inglés, que todos, cuál más, cuál menos, padecemos. No han faltado maldicientes que, echando este enojo a mala parte, hayan creído que, en odio a toda innovación, repugna Junius¹ el estudio de una lengua cuyos secretos desconoce. ¡Ay!, ¡ies verdad, soy incapaz de traducir al noble idioma de Longfellow² las odas académicas de Ipandro Acaico!³ No puedo deleitarme todavía con los discursos de Zamacona,⁴ ni uso polainas de cazador para ir de la peluquería de Micoló a

¹ Uno de los varios seudónimos de Manuel Gutiérrez Nájera.

² Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882). Poeta estadounidense.

³ Ipandro Acaico (1840-1921). Escritor y poeta mexicano. Fue capellán del emperador Maximiliano y obispo de varias diócesis.

⁴ Manuel María de Zamacona (1826-1904). Abogado y periodista. Fue director del periódico *El Siglo XIX*. Con Juárez fue ministro de Relaciones Exteriores en 1861, pero renunció a su cargo cuando el Congreso desaprobó el convenio suscrito con Charles Wyke donde se reconocía la elevada deuda con Gran Bretaña. Posteriormente, en 1867, fue diputado federal.

la cantina de Messer! No podrá ocurrirme jamás el percance de que fue víctima en La Concordia un joven diplomático: pidió al mozo dos *milk* ponches y el mesero le llevó veinte, a buena cuenta.

Mis ingleses, con una benevolencia que no puedo agradecerles, se han dignado aprender el bello idioma de Cervantes y el lenguaje universal del papel timbrado. Pero estas consideraciones personales no han entrado en mi ánimo al combatir esta furiosa anglomanía: si yo fuera Rivera Cambas⁵ diría, ahora, que las razones en que me fundo son patrióticas. Líbreme Dios de predicar, con el criterio estrecho de un mandarín chino, contra el aprendizaje de los idiomas extranjeros. Yo celebro que Caravantes pueda leer las *Leyes de Manú*,⁶ y que el obispo Montes de Oca⁷ pida su chocolate en griego y en idilio. No sólo el inglés, que es indudablemente el idioma más útil para nuestros comerciantes, hasta el ruso y el sueco, cuentan con mi absoluta protección. Lo que combato, y seguiré sin tregua combatiendo, es el prurito tonto que tienen hoy nuestros aristócratas de asemejarse, en sus maneras y en su porte, a los *yankees*. Poco a poco, las diferencias nacionales disminuyen y se borran. No son los *yankees* los que vienen a nosotros: somos nosotros los que vamos a los *yankees*.

⁵ Manuel Rivera Cambas (1840-1917). Escribió *México pintoresco, artístico y monumental*, publicado en 1883.

⁶ Importante escrito sánscrito de la antigua sociedad de la India, contiene más de dos mil versos a largo de 18 capítulos, que presentan reglas y códigos de conducta que debían ser aplicados por los individuos y la sociedad.

⁷ José María Ignacio Montes de Oca y Obregón (1840-1921). Fue capellán de honor de Maximiliano, así como obispo de Tamaulipas, de Linares y de San Luis Potosí.

El Destino Manifiesto de que han hablado los profetas de la ley antigua y don Lucas Alamán,⁸ que es el profeta de las Leyes de Reforma, cuenta, para cumplirse, con la ayuda eficaz de esos intonsos elegantes que hablan en inglés al sastre y usan zapatos de siete leguas, no para recorrer ciudades y caminos con esa prodigiosa actividad del *yankee*, sino para enmohecerse en las esquinas de Plateros y bailar boston en los salones internacionales. La sociedad se americaniza visiblemente: huele a *whisky*. No adquirimos aún, en este contacto de todos los días y todas las horas, el espíritu emprendedor y vigoroso del norteamericano; pero en cambio, sí tomamos la epidermis antipática de sus costumbres y sus usos. Dentro de poco, la sociedad mexicana se parecerá superficialmente a la sociedad de los Estados Unidos, como la levita y el sombrero de copa puestos en la percha, figuran, vistos a media luz, el cuerpo de un hombre. Yo quisiera que supiéramos asimilarlos los elementos sanos que nos traen los inmigrantes, pero de modo que, mejorando nuestras condiciones y corrigiendo nuestros vicios, conserváramos siempre un sello poderoso de individualidad. Yo quisiera que de esa nuez americana tomáramos la carne, teniendo cuidado antes de tirar la cáscara.

Pero, ¿qué hacen para evitar esta mezcla híbrida de pulque con *whisky*, los hombres que pudieran combatirla por su elevada posición social? Los señores del dinero y la fortuna han

⁸ Lucas Alamán (1792-1853). Político, historiador y escritor. Fue ministro de Relaciones Exteriores en los períodos de 1823-1824, 1830-1832 y 1853. Fue fundador y miembro permanente del partido conservador mexicano.

creído que para ser completos aristócratas es necesario amurallarse en el egoísmo, como el *champagne*, para ser bueno, necesita estar entre la nieve. Han aceptado bondadosamente el papel de Jeremías: lloran sobre las ruinas de Babilonia, se aíslan en sus alcázares feudales, y dejan que la marea *yankee* se lleve todo entre sus aguas turbias. Supongamos por un momento que el tratado de comercio con los Estados Unidos se aprueba sin enmiendas en la república vecina.

Pues bien, como los ricos mexicanos carecen absolutamente de iniciativa y espíritu de empresa, los mismos *yankees* vendrán a medrar, exportando nuestros propios productos. Los capitales se emplean únicamente en los negocios de agio, que presentan una ganancia inmediata: nadie acomete empresas de otro género. Ya aceptamos las cerraduras de seguridad, las suelas de corcho, los sombreros patriarcales y los tocadores de Chicago; lo que no adquirimos es la osadía para emprender y la incansable actividad con que persiguen y realizan un proyecto los comerciantes norteamericanos. Una raza indolente, vestida con los amplios levitones *yankees*, es una raza incomprensible.

Socialmente no hacen tampoco nada nuestros ricos para evitar esta invasión latente. Triste es confesarlo; pero las únicas casas en que puede pasarse un rato de solaz, son las casas de los diplomáticos y negociantes norteamericanos. En esos núcleos tiene que educarse la juventud actual; porque fuera de ellos, no se encuentra más que la atmósfera alcohólica de la cantina y la espantosa soledad de nuestras calles. Las familias americanas son las únicas que abren su casa a los jóvenes deseosos de divertirse; y poco a poco, las costumbres *yankees* irán siendo las nuestras, de tal modo que después sea imposible separarlas. Va a acontcernos lo que a cierto perico, del

que se habla en una comedia de Legouvé,⁹ que aprendía el inglés por dentro.

Y como esta asimilación superficial es incompleta, tendremos una raza indolente, perezosa y descuidada, con la corteza dura y agria de las razas enérgicas y activas. En vez de robustecer nuestro carácter nacional, nos sometemos, con las manos y los pies liados, a la influencia extraña. La preponderancia absoluta de este elemento, contrario a nuestro índole y carácter, impuesto por la invencible fuerza de las cosas, aflojará los vínculos nacionales, debilitándonos para las luchas venideras.

Junius vería con regocijo la inyección de esa raza vigorosa si, asimilándonos sus buenas cualidades, no sufriéramos el contagio de sus vicios. Pero ocurre precisamente lo contrario y para conjurar tan grave daño, nada se hace. Los capitalistas no cejan un solo palmo en su tenaz empeño, y continúan creyendo que fuera de las casas y del diez por ciento, no hay negocios viables. Las familias cierran herméticamente las puertas de sus casas y abandonan el campo a los extraños. A poco más tendremos que exclamar, aunque no hablemos con Veremundo: Ya no hay patria.

La Libertad, 23 de febrero de 1883.

⁹ Gabriel Jean Baptiste Ernest Wilfrid Legouvé (1807-1903) Poeta y dramaturgo francés.



LA CRISIS FINANCIERA

No pasa día sin que los diarios de oposición, abultando con refinada malicia la verdad, hablen de una espantosa crisis financiera.¹ Por descontado, para tales diarios el gobierno es un monstruo que, con locas prodigalidades, ha ido echando por el balcón todos los muebles de la casa. Ya están en medio del arroyo la mesa del comedor, las sillas de la sala, el armario de la despensa: no falta por tirar más que la cama y la jaula del loro. Un paso más, y les sucede a los Estados Unidos con nosotros lo que suele ocurrir a los ministros ejecutores cuando van a un embargo: no hallar ni un alfiler en la vivienda.

Estos funestos vaticinios alarman a unos cuantos bobalicones de los que hacen y deshacen ministerios desde las alacenas del portal. Unas veces Alarico² está a las puertas de Roma;

¹ Belem Clark de Lara apunta que “La crisis financiera de 1883 produjo la severa protesta de la oposición jacobina a la política económica del presidente González. Durante los debates sobre la circulación de la moneda de níquel, Vicente Riva Palacio, en la Cámara, manifestó su desacuerdo y excitó a los señores diputados para que reprobaran el dictamen”, en *Op. cit.*, p. 179.

² Alarico I (370-410). Rey visigodo que gobernó de 395 a 410. Durante el reinado de Teodosio *el Grande*, fue el líder de uno de los ejércitos visigodos aliados de los romanos. Sitió tres veces Roma y la saqueó en el año 410.

otras, se bambolea el mundo bajo los pies del señor Riva Palacio:³ hay, pues, que encomendar el alma a Dios y resignarse al caso desastrado.

No intentaremos discutir científicamente la gravedad de la situación financiera. Los enemigos del gobierno han demostrado ya, en la prensa y en la Cámara, que no tienen un solo economista. El *vulgum pecus* que ha ocupado las tribunas del Congreso durante los últimos debates aplaudía a los independientes que proponían un nuevo impuesto y silbaba a los diputados gobiernistas que querían eximirle de esa nueva carga. Este hecho, único en la historia, pone de relieve la competencia intelectual del pequeño grupo de ociosos al que apellidan pueblo los oradores de la oposición. Con esas gentes y con sus rendidos adulones, no es posible discutir. La más sencilla de las leyes económicas les parecería un absurdo. Si yo digo a un patán que la Tierra se mueve en la elíptica con la velocidad de siete leguas por segundo, el patán se ríe de mí. —La Tierra —dirá— no se mueve ni siete leguas ni siete palmos. ¡A otro con esas ruedas de molino!

Y si me empeño en exponer las observaciones de Bradley⁴ sobre las estrellas fijas y el fenómeno de la aberración de la luz, probando así la revolución de nuestro globo, el patán no me entiende y pierde el tiempo. ¿Por qué? Porque la ciencia no es

³ Vicente Riva Palacio (1832-1896). Militar, político, jurista, historiador y escritor, miembro del partido liberal. Apoyó a Porfirio Díaz en el Plan de Tuxtepec y fue su ministro de Fomento en los primeros dos periodos presidenciales. Autor de una extensa obra literaria, escribió la que se considera la “historia oficial” del régimen liberal: *México a través de los siglos*.

⁴ James Bradley (1693-1762). Astrónomo inglés. Descubrió la aberración de la luz.

como una prostituta que se entrega al primero que pasa. Hay que subir peldaño por peldaño la escalinata de su templo. En su milicia no se improvisan generales: se asciende por escala rigurosa. Sin amplia base matemática no hay astrónomo posible. Habrá contempladores estáticos como los caldeos, pero nunca soberanos que dicten leyes a los astros como Kepler. El vulgo creará sin repugnancia que el Sol es Dios, pero no que es un millón trescientas mil veces más grande que la Tierra.

El hombre culto, convencido de sus propias ignorancias, no niega que todos los astros se mueven describiendo elipses, en uno de cuyos focos está el Sol, ni que los cuadrados de los tiempos de las revoluciones son entre sí como los cubos de los ejes mayores de las órbitas. Pero ese mismo hombre culto, tan respetuoso con la astronomía, no tendrá empacho en improvisarse economista, y en discutir sus principales leyes. La economía es para muchos como una fonda a la que todos pueden entrar. Piden el plato que les gusta, y se van. Más todavía, porque para entrar a una fonda es necesario tener dinero en el bolsillo, y para entrar a la economía política, no se necesita tener nada.

Nos burlamos del señor Zúñiga Miranda⁵ que profetizó una erupción del Peñón sin apoyarse en ningún dato científico, y oímos con más respeto a los que vaticinan catástrofes financieras, sin conocer las más rudimentarias leyes de la economía. Para nosotros hay paridad en los dos casos. Muchos creen que en la esfera de la ciencia, la imaginación puede di-

⁵ Nicolás Zúñiga y Miranda (1865-1925). Abogado y político. Opositor de Porfirio Díaz. Personaje pintoresco y excéntrico, predijo que la ciudad de México sería destruida totalmente por las erupciones simultáneas del Cerro del Peñón y el Popocatepetl.

vagar sin peligro. Esto es absurdo. No hay error indiferente. Toda ciencia ejerce su acción en las inteligencias, e influye por esto mismo en los sucesos. La más inofensiva inapariencia puede poner en circulación cierto número de ideas falsas que harían, tarde o temprano, sus estragos. ¿Quién hubiera sospechado que las divagaciones metafísicas de Spinoza⁶ agitarían una nación entera? Muere, durante un siglo se le olvida, y resurge su nombre de improvviso, con esplendor extraordinario. Su dios es el de Lessing, y el de Goethe. Por obra y gracia de su genio, Alemania es panteísta.

La economía política, por la naturaleza de los asuntos que trata y de los problemas que plantea, está en condiciones de obrar e influir más enérgicamente que la metafísica. Ninguna de sus teorías, aun cuando las decore con el título de especulaciones, es indiferente para el particular ni para el Estado, porque del bienestar de ambos es de lo que tratan. Puede concebirse una filosofía trascendente de lo verdadero o de lo bello, que no interese más que a cierto grupo aristocrático de pensadores; pero dadme una filosofía contemplativa de la renta, de los salarios, del impuesto, que sólo sirva para distraer los ocios de unos cuantos poetas y estáticos.

Los errores en economía política se traducen en revoluciones. Cada uno de sus principios tienen en su apoyo los cañones Krupp.⁷ Y es peregrino que esta ciencia sea considerada como herencia de la comunidad o patrimonio de los legos. Tan absurdo sería decir que cualquiera es apto para amputar un

⁶ Baruch Spinoza (1632-1677). Filósofo holandés de origen judío. Desarrolló el método cartesiano en su *Ética*, dándole una forma rigurosamente geométrica.

⁷ Se refiere a Alfredo Krupp (1812-1887). Industrial alemán.

brazo o para hacer la operación del trépano. Se habla de economía tan fácilmente como se improvisa una décima para desear buen año a algún amigo. Es más fácil cantar el *Vorrei morire*,⁸ que criticar los *Essays on some unsettled questions of political economy*;⁹ sin embargo, los que no se atreverían a cantar la romanza en una sala, por la razón sencilla de que no saben cantar, resuelven con aplomo extraordinario los problemas más arduos de una ciencia que desconocen.

Para explicar su atrevimiento han inventado un cómodo expediente. Según ellos, la economía política no existe. Con la misma razón podrían decir que la medicina es un cuento de Perrault y la química una comedia de magia. No hay más verdad en patología que las recetas caseras. Montes de Oca¹⁰ y Liceaga¹¹ saben tanto como la cocinera de mi casa. Los libros en que se estudia la medicina están en blanco. El Estado paga una escuela profesional con el objeto de hacer creer a los demás que hay una ciencia médica. Pero no crean ustedes que se estudia nada en esa escuela. Profesores y alumnos pasan el día jugando a las canicas.

La economía política no existe. ¿Por qué? Porque yo, poeta, músico o pintor, no he estudiado o no he entendido a los

⁸ Romanza del compositor italiano Francesco Paolo Tosti (1846-1916).

⁹ *Ensayos sobre algunas cuestiones disputadas en economía política*, libro del economista y político inglés John Stuart Mill (1806- 1873), publicado en 1844.

¹⁰ Francisco de Montes de Oca (1837-1885). Médico militar. Se recibió en 1860. De ideología liberal, participó en la guerra de Reforma.

¹¹ Eduardo Liceaga (1839-1929). Médico. Fue presidente del Consejo Superior de Salubridad, director del Hospital de Maternidad e Infancia, presidente de la Academia Nacional de Medicina en dos ocasiones (1879 y 1906), presidente del Congreso Médico Nacional de Higiene y director de la Escuela Nacional de Medicina de 1902 a 1911. Creó el Hospital General de la ciudad de México en 1905.

economistas. En cambio usted, amigo o enemigo, ha pasado muchos años estudiando las matemáticas, la estadística, la historia; ha invertido trescientos o cuatrocientos pesos en leer a Smith,¹² a Ricardo,¹³ a Rossi,¹⁴ a Mill,¹⁵ a Spencer;¹⁶ piensa usted saber algo: pues se engaña, porque yo, incapaz de resolver una ecuación de primer grado, yo que no quise estudiar las ciencias sociológicas, yo que nunca he leído a Smith, a Ricardo, a Rossi, a Mill, a Spencer, declaro que soy tan competente como usted para tratar de las cuestiones hacendarias; por la manera en que se ha gastado inútilmente muchos pesos y ha perdido quince años de su vida. Los trescientos o cuatrocientos pesos que invirtió usted en libros económicos, le hubieran servido con más provecho para tomar dos mil cuatrocientos o tres mil doscientos *cocktails* en la cantina de Plaisan.

Cuando se dicen o escriben tales cosas, un profundo desaliento se apodera del ánimo. Como Lamartine en la última página de Kempis, se escribe en la postrera hoja de Spencer: “A quoi bon?” ¿Para qué? ¿Cómo discutís problemas económicos con ateos de la ciencia, ni cuestiones teológicas con sacristanes y beatas? Combatimos contra pellejos de vino, no contra adversarios. Es como si arengásemos en francés a los *yankees* o a los mayos. Será inútil que demostremos cómo el gobierno procedió conforme a su deber al otorgar subvenciones a las empresas ferroviarias. En una sociedad pobre, todo trabajo de interés general se hace por cuenta del Estado.

¹² Adam Smith (1723-1790). Economista y filósofo escocés.

¹³ David Ricardo (1772-1823). Economista y político inglés de origen judío.

¹⁴ Pellegrino Rossi (1787-1848). Economista, jurista y político italiano.

¹⁵ John Stuart Mill (1806-1873). Filósofo, economista y político inglés.

¹⁶ Herber Spencer (1820-1903). Naturalista, filósofo y sociólogo inglés.

Nadie puede reemplazarlo en esa nación, porque nadie dispone de los mismos medios; pero a medida que la riqueza pública se aumenta, la intervención del Estado es menos necesaria. A este estado social llegó Inglaterra.

En nuestro medio siglo, la acción del Gobierno tiene que ser muy amplia y muy enérgica. “¿Por qué gasta usted, señor padre de familia, en andaderas para el chico? —Yo ando solo. Pues cuando el chico tenga los años que usted, hará lo mismo”. Francia, que estaba en cuarenta y dos más adelantada que nosotros en ochenta, dio una ley en virtud de la que hubo de gastar novecientos millones de francos en construir ferrocarriles.

Mas todo esto es letra muerta para los cándidos opositores del gobierno. Para ellos no hay más que una sola razón: “se gasta mucho, se han concedido subvenciones locas, la crisis no tiene escape ni salida”. No podemos llevarlos a un debate científico y sereno. Ni siquiera es posible argumentarlos con los hechos, mostrándoles el aumento de las entradas del Erario y el desarrollo de nuestros elementos de riqueza. Falta dinero, es cierto, mas como falta al comerciante que ha empleado su caudal en mercancías, o al empresario que lo ha invertido en una mina. La pobreza de hoy trae la opulencia de mañana. Los millones gastados no se han convertido en humo. Los pesos se transforman como toda la materia, pero no se disipan en el aire ni se extinguen como el sonido. Durante algún tiempo el grano sembrado queda oculto debajo de la tierra. Desaparece grano y vuelve espiga.

La Libertad, 11 de diciembre de 1883.



EL PORFIRISMO

I

La Voz de México,¹ correspondiente al día de ayer, trae un artículo tan intencionado y malicioso como todos los suyos, aunque no tan astuto y socarrón. Con más franqueza y brío que de costumbre, *La Voz* arremete contra el partido porfirista, no sin hacer inculpaciones tan graves como injustas a la administración del general González.²

No queremos disputar a ciertos periódicos la prerrogativa de salir a la defensa de su candidato. El general Díaz sabe a qué atenerse respecto a nuestro credo político y no tenemos necesidad de hacer méritos como los pretendientes callejeros. Sin embargo, no está de más rectificar algunos hechos, aunque los porfiristas celosos imaginen que metemos la hoz en mies ajena. Lo que hiera *La Voz* no es un partido, ni ésta o aquella

¹ *La Voz de México* era el órgano de la sociedad católica, fundado en 1869.

² Manuel González Flores (1833-1893). Militar y político. Combatió en la Intervención norteamericana y en la guerra de Reforma del lado conservador. Durante la Intervención francesa se une a Juárez y combate en el ejército liberal. Presidente de México de 1880 a 1884.

agrupación política, sino la Nación misma y las nobles instituciones liberales. Oigámosla:

El porfirismo.- Con esta palabra se significa hoy cierta parcialidad política, compuesta de personalistas liberales y conservadores, que aspiran a que sea presidente de la República, en el inmediato cuatrienio constitucional el señor don Porfirio Díaz. Desde luego se conoce que en esta parcialidad no hay principios peculiares, religiosos y políticos que la distingan claramente de los dos grandes partidos mexicanos que desde años ha se han combatido en los diversos campos periodísticos, electoral, parlamentario y de batalla.

La extrañeza manifestada por *La Voz* en estas líneas tiene mucho de infantil. Hay dos grandes partidos, según ella, que se disputan el poder y la opinión. El del general Díaz no es un partido aparte. No trae nuevos dogmas ni nuevo canon. ¿Significa esto, como *La Voz* deja entrever, que sea una bandería personalista? Nada más ilógico. El partido del general Díaz no es más que una de las fases que ha tomado en nuestra evolución política el gran partido liberal, del que no puede diferenciarse en antecedentes ni en propósitos. Y no se diga que calumniamos infundadamente al colega reaccionario. Bien claro deja ver su pensamiento en el párrafo que copiamos a la letra:

¿Qué significan los *porfiristas* en la política mexicana? Significan lo mismo que los que se nombran *gonzalistas* hace cuatro años. Estas denominaciones corresponden a un conjunto de personas que se adhieren a un hombre prominente por alguna circunstancia, y que pretende obtener el mando supremo de la Nación.

Estos bandos personalistas tienen cierta cohesión formada por el afecto a la persona preponderante, por el agradecimiento de favores recibidos o por el interés personal de los que quiere recibir en adelante. Para los partidarios de persona determinada, no hay interés de creencias, de principios, de formas de gobiernos, de sistemas administrativos: unos se adhieren a la persona por las ideas que representa, y otros se le apegan por la utilidad que esperan tener de su adhesión, cooperando a la elevación del personaje predestinado.

Sentado esto, vamos a demostrar a *La Voz* que sus razonamientos pecan por la base. En México, dado el momento histórico por el que pasa la humanidad y nuestro estado sociológico, no hay ni puede haber más que un partido preponderante: el liberal. Los conservadores tienen que resignarse a morir o a transformarse paulatinamente. La sociedad moderna arroja de su seno ciertas ideas y ciertos hombres como la mar arroja los cadáveres. Fuera inútil intento revivir lo que el tiempo ha destruido por una ley fatal de la existencia. Lázaro está bajo la dura losa de la tumba, y Jesús no anda ya por la Judea para resucitarle milagrosamente.

Con el curso del tiempo y la práctica de las instituciones liberales, vendrán formándose diversos grupos, que representen aspiraciones más detenidas y concretas en el seno mismo del partido liberal, y sean en él lo que son los matices en la gradación de los colores. Hoy por hoy apenas apuntan y se perfilan a lo lejos esos grupos; pero no tienen aún vitalidad bastante para entrar a la lucha política: son menores de edad y casi podríamos decir, recién nacidos.

Por lo tanto, nada tiene de extraño que los liberales, atentos antes que todo a la propia conservación, no diseminen

sus fuerzas ni creen adrede divisiones que no respondan a ninguna necesidad y sólo debilitarían su organismo. En otros tiempos hubo las banderías personalistas a que alude *La Voz*. De estas ambiciones nació la guerra civil con un cortejo de miserias y desastres. Mejor aconsejados por la prudencia, los liberales de hoy constituyen un cuerpo compacto y subordinan sus intereses individuales al bien de la Nación. El entusiasmo con que fue acogido el señor Díaz después de la Revolución de Tuxtepec, la falta de opositores dignos de que se les tome en cuenta al gobierno del general González, y la unanimidad con que el pueblo se dispone a elegir para el próximo período a quien bajó con tanta gloria del poder hace cuatro años, patentizan que hay unidad de miras y tendencias en el gran partido nacional.

Tiene razón *La Voz*; los porfiristas representan lo mismo que los gonzalistas; mas la cohesión y fuerza de estos elementos no procede de intereses bastardos ni de medios ruines, sino de la convicción íntima y profunda de que sólo sacrificando ciertas ambiciones, más o menos nobles, en aras del bien común, pueden lograrse los fines que con ahínco perseguimos. Precisamente por su firmeza de principios, por su unidad de propósitos, el partido nacional no se fracciona ni se divide.

Claro está que algún caudillo ha de escogerse, y que en éste han de residir y cuajar las aspiraciones de los liberales. Pero esto no significa en modo alguno la formación de un partido personalista, sino la imposibilidad de que un cuerpo subsista sin cabeza. Los principios no pueden ser presidentes, ni generales, ni ministros, ni diputados; es preciso que encarnen en algunos hombres para que vivan en el espacio y en el tiempo. Lo que *La Voz* pretende, al parecer, es que haya partidos sin

personas, partidos en que todos sean soldados rasos y ninguno capitán, partidos sin forma corporal como nosotros, a manera de los ángeles. Y esto no cabe en lo posible: lisa y llanamente es absurdo.

Veamos ahora los otros cargos que endereza *La Voz* a los generales González y Díaz.

La Libertad, 6 de junio de 1884.

II

Continuaremos el somero análisis del artículo publicado por *La Voz*:

¿Qué ideas peculiares caracterizan al “porfirismo”? ¿Representa las ideas católicas? No, porque hay porfiristas que no la profesan, puesto que son reformistas y hasta incrédulos y materialistas. ¿Representa exclusivamente las ideas liberales? Tampoco, porque hay porfiristas conservadores que se forjan la ilusión de que su candidato, habitualmente reformista y heterodoxo, será muy propicio a la fe, autoridad y derechos de la Iglesia católica. ¿Representa peculiarmente el sistema republicano, democrático y federal? Mucho menos, porque millares de personas que sostienen este mismo sistema constitucional no son porfiristas, y aun se preparan a combatir el “porfirismo” en los próximos comicios.

Si *La Voz de México* sospechó alguna vez que el porfirismo representaba las ideas católicas, merece que la llamemos crédula. Quien representa las ideas católicas, en México, es el ilustrí-

simo señor Labastida.³ Los gobiernos no tienen ministerio divino ni sostienen esta o aquella comunión. ¿Tan atrasada está *La Voz* que no conoce nuestras leyes sobre la separación de la Iglesia y el Estado? El general Díaz representa un partido político en cuyo seno caben los católicos, los protestantes, los judíos, los mahometanos, los ateos. Además, la razón aducida por *La Voz* para probar que el general Díaz no representa las ideas católicas, es muy chusca. El que pertenezcan a su partido hombres sin creencia alguna religiosa, no demuestra que el general Díaz no sea el caudillo y el patrono del catolicismo. ¿Quién representa las ideas católicas en España? Un don Carlos de Barbón,⁴ que no sólo es vicioso y pecador, sino también incrédulo, por más que los intereses políticos le obliguen a oír misa de cuando en cuando.

Y en Francia, ¿son por ventura católicos a macha martillo todos los que sostienen la legitimidad? Nada de eso: algunos hay (y son bien conocidos) racionalistas, positivistas y hasta materialistas. Por lo tanto, puede un partido representar los ideales católicos, aunque formen parte de él hombres de otras convicciones y aún de principios diametralmente opuestos. El general Díaz no representa las “ideas católicas”, porque los partidos políticos entre nosotros no tienen ningún carácter religioso. Ésta es la razón y no hay que andarse buscando otras.

³ Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos (1816-1891). Sacerdote y abogado. Obispo de Puebla de 1855 a 1856. Arzobispo de México en 1863, formó parte de la regencia de Maximiliano, es designado por la Junta Superior de Gobierno como miembro del triunvirato. Por diferencias con los franceses sobre los bienes eclesiásticos, fue expulsado del país en 1867.

⁴ Carlos María de los Dolores de Borbón y Austria-Este, posteriormente Carlos VII (1848-1909). Pretendiente carlista.

Por lo demás, si lo que *La Voz* deja entender es que el general Díaz no representa el partido conservador, estamos conformes absolutamente.

No así en lo que se refiere a la representación del partido liberal. *La Voz* se la niega, por el mero hecho de que algunos católicos se forjan la ilusión de que don Porfirio será muy favorable a la Iglesia. A nadie está vedado forjar ilusiones, y si algunos católicos creen eso, buen provecho les haga. Nosotros también podemos imaginar que cuando gobierne Rochefort⁵ en Francia, protegerá a los jesuitas. Sobre todo *La Voz* se equivoca lastimosamente. No hay católicos sensatos que vean en don Porfirio a un nuevo Constantino.⁶ Lo que dicen y dicen con justicia es que el futuro presidente practicará la más absoluta tolerancia y que no perseguirá a la Iglesia, como tampoco la ha perseguido el señor general don Manuel González. Y este mismo espíritu de tolerancia lo constituye jefe del partido liberal. Si careciera de él, no lo sería.

Lo único nuevo dicho por *La Voz* es lo que se refiere a esos millares de personas dispuestas a luchar contra don Porfirio en las elecciones próximas. Algunas líneas más arriba, dijo que el general Díaz era el candidato único y ahora se nos descuelga con que va a encontrar una oposición formidable.

Esta noticia regocijará a ciertos porfiristas del vulgo que están ansiosos de combate y no desean que su honorable candidato

⁵ Víctor Henri, conde de Rochefort y Lucay (1830-1913). Periodista y político francés. Miembro de la izquierda radical.

⁶ Constantino I, *El Grande* (280-337). Primer emperador cristiano de Roma. En 313, por el Edicto de Milán acabó con el culto estatal pagano en Roma, decretó el fin de las persecuciones contra los cristianos y la devolución a éstos de los bienes expropiados.

sea electo unánimemente sino venciendo en buena lid a sus contrarios. Lo que nos pasma es el sigilo con que maquinan y proceden esos millares de personas. La elección se aproxima y aún no sabemos cuál es el candidato que van a oponer al general Díaz. Semejante muestra de prudencia les honra mucho. Nada más *La Voz* está en el secreto... ¡parlanchina! ¿Y cómo les compromete revelándolo?

El porfirismo –agrega– se compone de un jefe y muchos subordinados (esto pasa generalmente con todos los partidos). Aquel quiere ser elevado a la presidencia, y estos quieren elevarle: (también esto sucede en casi todos los casos, amiga *Voz*. Rara vez el caudillo quiere elevar a la presidencia a los subordinados); él busca en su elevación mayores ventajas que las obtenidas en su primera presidencia; y ellos quieren obtener las que puedan lograr adhiriéndose a quien presumen futuro presidente. ¿El uno y los otros se adunan por ventura sólo para realizar de convenio la felicidad nacional? Acaso hay algunos que lo digan y lo propagan: pero ¿es el bien de la patria lo que ha producido esta conformidad en favorecer y hacer triunfar la candidatura porfirista? No sabemos lo que piense cada uno de nuestros lectores: mas por lo que a nosotros respecta, no abrigamos esta convicción. Tenemos entendido que las sociedades se salvan con buenos principios y con buenas leyes y con gobernantes independientes, imparciales y de altas miras, que todo lo dispongan para la utilidad común, posponiendo a ella sus intereses y ventajas personales.

Podrá citarnos *La Voz* algún partido cuyos individuos todos sean absolutamente desinteresados, que busquen nada más el bien de la Nación sin pensar en el provecho legítimo que pueden obtener para sí? *La Voz* querría un partido en el que nadie pretendiera el primer puesto; una administración sin em-

pleos; un congreso sin diputados; y un ejército sin jefes. Para ser gobernante independiente se necesita, según ella, no ocupar el sillón presidencial ni tener partidarios. Con absoluta falta de caridad, rarísima en diario tan cristiano, prejuzga los actos del señor general Díaz y anticipadamente los califica de interesados y mezquinos. Le echa en cara los defectos de sus devotos y afirma que su administración será mala porque no todos los que trabajan por su advenimiento lo hacen por amor de Dios.

Para que un candidato sea bueno es necesario, por lo visto, que sean ángeles quienes le postulen. Con esta lógica hasta Dios sale mal parado, porque muchos observan los mandamientos para ganarse el Cielo y por temor al Infierno. ¿Niega nuestro colega la atrición? ¿Irá cayendo en los errores del quietismo condenado por la Iglesia?

En el último artículo veremos cómo habla de la administración del general González.

La Libertad, 10 de junio de 1884.

III

La Voz de México comienza por establecer que el general Díaz y el general González ocupan la presidencia por turnos. ¿Cuántas veces ha sido presidente el general González y cuántas el general Díaz? La afirmación de *La Voz* implica cierto cambio periódico cuya realidad no admitimos.

El general González no tiene hecho ningún contrato con el general Díaz. Subió al poder porque los liberales consideraron, con justicia, que era el único digno de representarles.

La Voz declara *urbi et orbi*⁷ que la administración del general González y la administración del general Díaz le parecen igualmente malas.

En vano —dice— se ha querido establecer alguna diferencia en el sistema político de las dos últimas administraciones. La diferencia que se nota es la que hay entre el antecedente y el consiguiente. La primera presidencia del turno de los principales caudillos de Palo Blanco, por sus errores económicos, cometidos en sus concesiones a las empresas ferrocarrileras, preparó los trastornos rentísticos, la crisis monetaria, el desconcierto comercial y la suspensión de pagos que la Nación está sufriendo ya con cierta desesperación. La presidencia última sufre las consecuencias de la presidencia pasada, y prepara nuevos desastres a la presidencia venidera.

Desde luego admitimos la solidaridad de que habla *La Voz*. La presidencia del general González es, efectivamente, un resultado natural y lógico de la administración del general Díaz. No es necesario repetir ahora lo que ya varias veces hemos dicho: ni el general Díaz despilfarró, como dice *La Voz*, el dinero de la Nación, ni el general González ha hecho otra cosa que pagar las subvenciones concedidas cuerdamente por su antecesor.

La oposición de cocineras y de pinches que hacen ciertos periódicos puede encontrar muy censurable esta conducta. Está de acuerdo con nuestro carácter indolente la aspiración a conseguir todas las ventajas sin el más leve sacrificio. Queremos que las aves caigan cocidas y guisadas en nuestra al-

⁷ *Urbi et orbi* significa “A Roma y al mundo”, era la forma con que iniciaban las proclamas del imperio romano; actualmente es la bendición papal más solemne.

forja. Que haya ferrocarriles... ¡santo y bueno!; ¡pero que no nos cuesten ni un maravedí! Que viva y crezca nuestra industria, pero que viva y crezca por su solo empuje, sin que se nos pida trabajo ni dinero.

Tal es el *desideratum* de la mayor parte de los mexicanos. Los gobiernos anteriores, halagando esta propensión a la molición, no cuidaron de robustecer las fuerzas del país ni de lanzarle en un camino de progreso. Los generales Díaz y González, con más espíritu patriótico y menos egoísmo, comprendieron que a riesgo de perecer como Nación independiente, necesitaba México romper los viejos moldes de la inercia y entrar a la penosa lucha por la vida. De otra suerte, habríamos sido inevitablemente devorados por las razas activas y laboriosas del Norte. No ha habido, pues, gobiernos más enérgicos ni más fecundos en resultados benéficos para la Nación que los gobiernos de los señores Díaz y González. No solicitan estos grandes ciudadanos el aplauso de las muchedumbres ignorantes: esperan la sanción del porvenir.

El mexicano que, por no renunciar a la holgura de hoy, prefiere la vida enfermiza y cacoquimia de su Patria a la existencia vigorosa y sólida que tendrá dentro de poco, merece el desprecio de los hombres honrados. La penuria de hoy es la riqueza de mañana. La crisis financiera por que atravesamos, resultado natural de los sacrificios que hemos hecho, lejos de redundar en desprestigio de los últimos gobiernos, asegura su mejor título de gloria.

La Voz dice:

Los que olviden sus intereses personales y quieran decididamente contribuir a la salvación de la República, por medio de acertadas elecciones en los comicios de este mes y del siguiente, harán

CARTAS A UN DIPUTADO

muy bien si buscan sus escogidos fuera del círculo en que se ha querido concretar el ejercicio de la autoridad suprema, cual si fuera una familia reinante por derecho de consanguinidad.

¿Cuál es el círculo en que el colega reaccionario cree encontrar a los salvadores de la patria? ¿Quiénes son esos caudillos, suscitados por Dios, que sólo esperan unos cuantos votos para hacernos felices? ¿Serán los conservadores? Pero éstos, faltos de apoyo en el pueblo mexicano, tendrían que solicitar, como es costumbre en ellos, las intervenciones extranjeras. Y ¿qué otros hombres se destacan en el partido liberal, capaces de oponerse a la política de los señores González y Díaz? Sea *La Voz* más explícita y confiese en quién se ha fijado para que rijan los destinos de México.

La Libertad, 11 de junio de 1884.

LAS ELECCIONES Y LOS PERIÓDICOS CONSERVADORES

Es curiosa la insistencia con que los diarios conservadores piden la libertad del sufragio y se quejan de sus imaginarias violaciones. Si fuera cierto que el gobierno tiene injerencia muy directa en los comicios, debían los conservadores alegrarse y decir, como han dicho eternamente: “he aquí la prueba de que vuestras teorías son sueños de oro incapaces de realizarse, he aquí la prueba de que nosotros procedemos con mucha mayor lealtad y más franqueza al repugnar las instituciones liberales. No puede haber elecciones libres y espontáneas, porque la mayoría del pueblo es ignorante, porque no tiene ni remota noción de esos derechos que vosotros le concedéis pródigamente y porque, abandonando los comicios a su omnipotente voluntad, resultará por fuerza que unos cuantos pícaros, los caciques de pueblo, los tiranuelos de los barrios, validos de su relativa supremacía intelectual, se adueñarán de la situación con evidente daño de los intereses sociales más legítimos. Nosotros no admitimos la soberanía popular, nosotros no doblamos la cabeza bajo el poder estúpido del número, nosotros no creemos que la autoridad deriva inmediatamente de los ciudadanos, sino de Dios, en quien reside y de quien emana”. Todo esto, sazonado con citas de

Taparelli¹ y otros vehementes advesarios de los gobiernos representativos, compadeceríase bien con las tendencias, con el programa y con los fines de los periódicos conservadores.

Pero, muy al revés, desconociendo todas sus tradiciones y renegando implícitamente de las propias doctrinas que sostienen, pasándose con armas y bagajes al campo liberal y democrático, basan sus argumentos en esa misma libertad de sufragio que, con tan grande ensañamiento, han censurado. Admiten, en principio, la soberanía del pueblo, gritan cuando aparentan creer que se ha cohibido la libre manifestación de las ideas, y llegan –¡oh inconsecuencia lastimosa!– a exigir que se cumplan los preceptos de la Constitución, las diabólicas Leyes de Reforma y las promesas ultrarradicales.

El gobierno, admitiendo por un instante que se ingiera en la grave cuestión electoral, pudiera contestar a estos señores:

–Vosotros, no tenéis el derecho de censurar mis actos; vosotros no podéis en modo alguno defender la libertad de la prensa, ni la libertad del sufragio, principios aborrecidos por vuestra escuela y anatematizados por el papa. ¿Libertad de la prensa? Si llegarais al poder estableceríais la censura previa. La libertad del pensamiento es una cosa aborrecible en vuestro juicio. ¿A quién defendéis? ¿A un periodista cuyas intemperancias se castigan? ¿A un escritor cuyos pasquines causan escándalo y ruborizan a los menos púdicos? Pues nosotros los liberales defendemos a Galileo, a los hugonotes, a los judíos,

¹ Luigi Taparelli d'Azeglio (1793-1862). Sacerdote jesuita, filósofo y teólogo italiano. Su pensamiento, de contenido social, considera que la autoridad emana de Dios y del pueblo, pero que la sociedad no establece la jerarquía, sino la necesidad de los ciudadanos.

a los moriscos de la antigua España, a todos esos infelices cuyos miembros mutilados, cuyos cuerpos vivos fueron a alimentar el fuego horrible prendido por vuestra intolerancia y vuestra ira. ¿Qué pluma usáis para escribir esos artículos? Un tizón mal apagado de las hogueras inquisitoriales.

¿Queréis libertad completa de sufragio? Pues vosotros precisamente habéis sido los primeros en violarla: No la admitís, no podéis admitirla. Es una invención diabólica destinada a la perdición de la humanidad. Todos vuestros filósofos lo dicen y todos vuestros actos lo manifiestan. Citadme uno solo de esos gobiernos informados por la doctrina absolutista, que descanse en la soberanía del pueblo. Queréis austriacos o borbones, no jefes de Estado electos libremente por el pueblo. Vuestros reyes son criaturas predestinadas a quienes Dios suscita para guiar el rebaño de su pueblo. Se apoyan en el báculo del derecho divino, roto ya en mil pedazos por el hombre. Si llegarais triunfantes al poder, intentaríais pegar esos fragmentos y establecer una dinastía de Iturbides, Maximilianos o Santa Annas.

¿Que nos reprocháis? Lo mismo que vosotros haríais en igual caso. Lo que os duele es lo que aprovechados en esta lid no sean los conservadores sino los liberales. Si mañana, vencidos, postergados os pidiéramos libertad de pensamiento y libertad de sufragio, responderíais incuestionablemente: ¡Zarandajas, quimeras, utopías! Hay que establecer un cordón sanitario que nos liberte de esas epidemias que se llaman doctrinas liberales.

Los hombres no votan. En nuestros comicios sólo entran los ángeles. Y entonces seríais consecuentes con vuestras ideas, que no discuto, y con vuestras tradiciones, que no examino. Mas, lo que sí discuto, lo que sí repruebo, es que toméis mis

armas y os acojáis bajo mi bandera para combatirme. Yo no admito renegados. Decid, enhorabuena, este gobierno es malo y pésimo, porque no tiene religión, porque dimana de los gobiernos anteriores que despojaron a la Iglesia de sus bienes, porque descansa en la soberanía del pueblo, y porque admite como código supremo la detestable Constitución de 57. Estáis en vuestro plenísimo derecho. Yo no discuto vuestras ideas, no las tolero: las respeto.

Pero no digáis, como decís continuamente en vuestras hojas: “Te combato porque no otorgas a los ciudadanos la libertad absoluta de pensar y de manifestar sus pensamientos; porque no realizas el ideal democrático; porque no cumples los preceptos sacratísimos de la Constitución de 57, que me propongo hacer añicos cuando pueda”.

Me sería fácil sincerarme de esos cargos y así lo hago cuando me atacan diarios liberales. Pero no lo hago, ni puedo hacerlo con vosotros: no os conozco, os recuso como jueces de mi conducta. Ya más de esto, os digo con verdad que soís apóstatas al acogeros bajo mi estandarte. El conservador de buena fe, no debe arrastrarse como el reptil, sino volar como el águila. No debe vestirse de un harapo que nosotros le dimos como limosna, para entrar a la pugna, sino de su armadura de combate. Poca fuerza tenéis en vosotros mismos, cuando apeláis a nuestras armas. Estáis vendidos y refunfuñáis en nuestro campo.

Si el gobierno les respondiera de este modo, ¿qué alegrían en defensa de sí mismos los liberalescos periódicos reaccionarios?

La Libertad, 19 de julio de 1884.

LAS MISERIAS DE LOS RICOS

Un diario aristocrático —*El Nacional*—¹ se lamentaba, ha poco, de la condición en que se hallan los ricos de México. No coincido con él en opiniones; no me parecen tan merecedores de compasión y lástima los que tienen la triste y gravosa necesidad de pagar sueldo a muchos cobradores, a muchos dependientes, a servidumbre numerosa, etcétera; pero sí creo que el rico en México, no obstante su envidiable y envidiada suerte, es mal juzgado y hasta calumniado por el vulgo. Aquí decimos a los ricos lo que les dijo Jesús: “Si quieres estar conmigo, si deseas salvarte, reparte entre los pobres tus riquezas”.² Pero Jesús, en premio de ese sacrificio de los bienes temporales, les ofrecía la bienaventuranza. Nosotros, ¿qué les ofrecemos?

Ante todo, para los grandes patriotas no puede haber más que ricos mexicanos. Hemos proclamado la independencia y la soberanía de nuestros pesos. Un *dollar* es un enemigo, uno de los invasores del 47. El franco, la libra esterlina y la peseta

¹ El periódico *El Nacional* fue fundado en 1880 por Gonzalo Esteva.

² Esta cita se encuentra en Mateo 19: 21; Marcos 10: 21.

son los representantes de la detestable triple alianza. Un extranjero es siempre un huésped. Le damos este aire tibio y embalsamado que respira; el espectáculo hermosísimo de nuestras puestas de sol, de nuestros bosques vírgenes, de nuestras flores; le permitimos que se instruya leyendo nuestros sabios, que se deleite con los versos de nuestros poetas; que se muera de pulmonía o de tifo en cualquiera de nuestros hospitales. Y a trueque de estos dones generosos, le prohibimos que tenga dinero, le negamos el derecho de poner en tela de juicio o discutir el genio artístico de las coristas nacionales: está en nuestra casa, recibiendo favor nuestro y todo debe parecerle bueno u óptimo. Si trae dinero, que lo deje, que lo distribuya entre los patriotas. Si no lo trae y sólo viene provisto de talento o de actividad, que tampoco lo gane, porque el peso que él obtenga en remuneración de su trabajo, nos lo roba. Una sentencia de esterilidad perpetua, promulgada por la Suprema Corte del patriotismo económico, pesa sobre todas las monedas de un extranjero. Al peso del inglés, del alemán, del *yankee*, etcétera, le está vedado tener prole. El capital extranjero, para pasar nuestras fronteras, ha de hacer voto de perpetua castidad.

Y no para aquí nuestro proteccionismo patriótico. Ha habido, y nada menos que en esta gran tribuna de la prensa, quien inculpe al gobierno, porque no exige de las otras naciones, por la vía diplomática o por la fuerza de las armas, la integridad del peso mexicano, y las obligue a recibirlo por el valor o precio que él le dé. Parece, pues, que en el octavo día de la Creación, Dios hizo el peso mexicano y le dijo: “Tu valdrás tanto en México y en todas partes”. Es un signo de cambio cuya autoridad dimana del derecho divino.

Si un extranjero se enriquece vendiendo telas o fabricando casas o en la industria o en las empresas ferrocarrileras, protesta al punto el agraviado honor nacional, el honor caballeresco y puntilloso de este Hernani³ que sigue siendo el gran pontífice del vulgo. ¡Ese extranjero nos está robando! Nos vende camisas, rieles o buques, y ¿creerán ustedes que tiene la osadía de cobrarnos, siendo nuestro huésped, y respirando, gracias a nosotros, esta atmósfera llena de perfumes?

Es de cajón, en tales casos, prorrumper en quejas contra el gobierno. ¿Por qué contrata la construcción de las vías férreas con compañías poderosas de los Estados Unidos o Inglaterra, en vez de contratarla con nosotros que no tenemos ni un centavo, pero sí mucho patriotismo? ¿Por qué se protege al *yankee* y no se protege al mexicano que ha muerto o va a morir en defensa de su patria?

En vano responde el gobierno que el capital y el trabajo no tienen nacionalidad determinada e invariable; dice en balde que él no protege a nadie, y sólo compra a quien le vende, lo que necesita la nación para su bienestar... el vulgo sigue protestando contra el extranjero que tiene la avilantez de no ofrecernos gratis ferrocarriles, buques y teléfonos.

¿Por qué no se protege al mexicano? Porque se protege a México. Y sobre todo porque en este caso no se trata de ejercer las obras de misericordia, ni de establecer un inmenso asilo de mendigos, a expensas de la Divina Providencia, sino de vivir.

El mexicano es muy valiente; pero el capital del mexicano es muy cobarde. Es un burgués desocupado y perezoso que vive tranquilamente de sus rentas. Y el capital valiente, el

³ Referencia al protagonista de la obra teatral *Hernani o el honor castellano* de Victor Hugo, estrenada en 1830.

que se aventura en el “pérfido océano” como Hernando Cortés, el que cree en la fecundidad de la tierra, el que combate, el que afronta el peligro de morir, es el que asciende, el que sube grado a grado en el campo de batalla. Yo que me estoy en casa, estudiando o durmiendo, no aspiro a que me dé el gobierno la banda de general.

Surge un mexicano, negociante de genio, como Ramón Guzmán,⁴ y ése hace, forma, conquista un capital. Pero la nación no ha de esperar para su progreso, para vivir, en suma, esas raras apariciones. Compra ferrocarriles a quien tiene ferrocarriles que ofrecer. Vende terrenos baldíos a quien puede pagarlos. Habrá muchos ricos mexicanos que puedan construir ferrocarriles y comprar tierras; pero no quieren hacerlo. Ellos ven el negocio cuando ya está hecho y ha producido excelente resultado. Son compradores de riqueza hecha.

El capitalista mexicano, sin embargo, puede tener razón, si estima más su quietud moral que su fortuna, de no lanzarse a empresas arriesgadas. También odia al peso de águila, el centavo de cobre. El señor Cerdán,⁵ por ejemplo, que es muy mexicano, compra el Teatro Nacional y no falta quien le pregunte con enojo: —¿Con qué derecho lo compró usted tan barato?— La respuesta es obvia: —Porque a ese precio lo vendía su dueño. El señor Cerdán contrata con el gobierno las obras del puerto de Veracruz, y dos o tres periódicos lo acusan de

⁴ Ramón Guzmán (1825?-1884). Empresario y político. Figuró en la política y en las finanzas. Formó una compañía que construyó el ferrocarril urbano de la ciudad de México y otras ramas del Ferrocarril Central de la capital a León, Guanajuato.

⁵ Agustín Cerdán, político veracruzano, comerciante, industrial y empresario. Adquirió el Teatro Nacional en la última década del siglo XIX.

mal mexicano, le reprochan que no sea ingeniero ni capaz de enmendar la plana a *Mister Eads*;⁶ se enfadan con él porque no puede decir si el proyecto de *Monsieur Thiers*⁷ es mejor que los otros proyectos no presentados ni siquiera ideados todavía. Y aunque todas esas razones nada valen; aunque con igual derecho podría decirse a un sastre: “¿Por qué le hizo usted a fulano una levita? Lo que necesitaba, en mi opinión, era un *paltó*”; aunque el buen juicio condene tan insustanciales argumentos, la verdad es que si el capitalista mexicano quiere vivir en paz con la prensa, debe limitarse a descontar libranzas y a cobrar la renta de sus casas.

Hay una empresa –mexicana– que se propone gastar más de un millón de pesos en construir un rastro. Contando con las circunstancias y contingencias más propicios, sitúa su capital a un tipo de interés bastante módico: al 10% anual. Pero la prensa, indignada, protesta: ¿Cómo? ¿No regalan a la ciudad ese millón? ¿Van a cobrar el rédito de su dinero? ¿Van a ganar algo?

Y esa misma suma que, empleada en el agio, sorbiendo el trabajo y la vida de cien mil personas, podría ganar tranquilamente el 6.5% al mes, no puede ganar, sin escándalo, el 10% al año en una empresa útil para todos.

Por eso he dicho que el capital mexicano tenga razón, tal vez, en ser cobarde. Tiene miedos a la prensa, que exige en

⁶ James Buchanan Eads (1820-1887). Ingeniero e inventor estadounidense. Construyó y proyectó el puente de arco más largo del mundo en su época, conocido como el Puente de Eads, obra realizada entre 1867 a 1874, sobre el río Misisipi.

⁷ Louis Adolphe Thiers (1797-1887). Político e historiador francés. Varias veces fue primer ministro durante el reinado de Luis-Felipe de Francia. Primer presidente de la Tercera República Francesa.

CARTAS A UN DIPUTADO

cada rico la caridad y las virtudes de san Juan de Dios o de san Vicente de Paúl.

“¡Da tu dinero a los pobres y sígueme!” dice a los ricos. Pero ni en los Cielos ni en la Tierra tiene un reino que ofrecerles.

El Partido Liberal, 16 de abril de 1890.

CONSEJO EDITORIAL

Dip. César Francisco Burelo Burelo

Presidente

Dip. Teresa del Carmen Inchaústegui Romero

Suplente

Grupo Parlamentario del PRD

Dip. Armando Jesús Báez Pinal

Titular

Dip. Blanca Juana Soria Morales

Suplente

Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Laura Margarita Suárez González

Titular

Dip. César Daniel González Madruga

Suplente

Grupo Parlamentario del PAN

Dip. Lorena Corona Valdés

Titular

Dip. Diego Guerrero Rubio

Suplente

Grupo Parlamentario del PVEM

Dip. Porfirio Muñoz Ledo

Titular

Dip. Pedro Vázquez González

Suplente

Grupo Parlamentario del PT

Dip. Roberto Pérez de Alva Blanco
Titular

Dip. Liev Vladimir Ramos Cárdenas
Suplente

Grupo Parlamentario
del Nueva Alianza

Dip. Guadalupe García Almanza
Integrante

Dip. Jaime Álvarez Cisneros
Suplente

Grupo Parlamentario
de Movimiento Ciudadano

Dr. Fernando Serrano Migallón
Secretario General

Lic. Emilio Suárez Licona
Secretario de Servicios Parlamentarios

Dirección General de Servicios de Documentación, Información y Análisis
Centro de Estudios de las Finanzas Públicas
Centro de Estudios de Derecho e Investigaciones Parlamentarias
Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública
Centro de Estudios para el Desarrollo Rural, Sustentable y la Soberanía Alimentaria
Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género

Lic. Édgar Piedragil Galván
Secretario Técnico del Consejo Editorial

*Cartas a un diputado.
Selección de prosas políticas*

DE MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE OFFSET SANTIAGO,
EN LA CIUDAD DE MÉXICO,
EN JUNIO DE 2012.
EL TIRO CONSTA DE 4000 EJEMPLARES









